

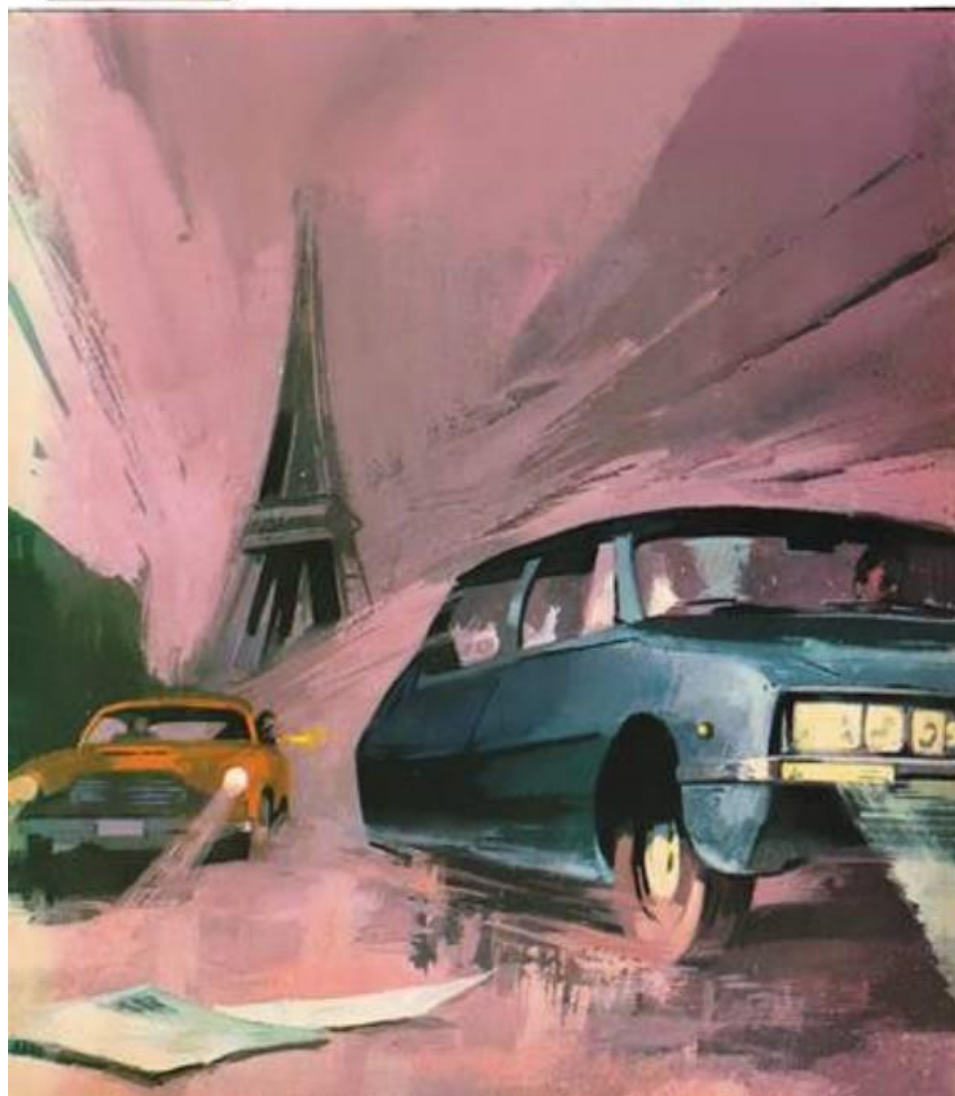
BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un trabajo loco

cliff bradley





SS

SERVICIO SECRETO



CLIFF BRADLEY

UN TRABAJO LOCO

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.112

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 35.679-1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1971

© CLIFF BRADLEY - 1971
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTÍN - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

T
los
perso
y
entid
priva
que
apare
en
esta
nove
así
como
las
situa
de
la
mism
son
fruto
exclu
de
la
imag
del
autor
por
lo
que
cualc
seme
con

perso
entid
o
hech
pasac
o
actua
será
simp
coinc

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

961. — Sendas de ira.

En Colección BÚFALO:

937. — Los hombres del río.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.100. — El infierno de la droga.

En Colección ASES DEL OESTE:

626. — El león y los chacales.

En Colección BRAVO OESTE:

518. — El cráter del sol poniente.

En Colección COLORADO:

722. — Asesinos en la noche.

En Colección PUNTO ROJO:

467. — Los eslabones de la cadena.

En Colección CALIFORNIA:

790. — Sol salvaje.

En Colección KANSAS:

690. — Dos lobos.

En Colección BISONTE, SERTE AZUL:

44. — La balada del traidor.

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO a Sylvan Star le llamaban con urgencia, siempre sabía a qué atenerse. Porque la clientela de Sylvan Star no estaba constituida por gentes vulgares con vulgares problemas.

Desde luego, un tipo vulgar no podía vivir en aquella mansión. Hace falta algo más que dinero para residir en un *chateau* del Val de la Loire, de cuarenta habitaciones y cinco hectáreas de parque, manteniéndolo en perfectas condiciones de habitabilidad. Por lo común, los simples poseedores de dinero en grande carecen de la suficiente sensibilidad para percibir, y gozar, todas las sugerencias que ofrecen al espíritu cultivado lugares así.

El «Ferrari» 365P, con volante en el centro, color cereza, de Sylvan Star, era la envidia de todos los amantes de automóviles bellos, una preciosidad aerodinámica, legítimo orgullo de los diseñadores italianos, que devoraba kilómetros como una beldad del gran mundo. El propio Sylvan Star era también un tipo fuera de lo corriente y eso siempre se cotiza alto en este perro mundo.

La magnífica verja de entrada del parque del *chateau* du Beaumirail se abrió silenciosamente cuando el «Ferrari» giró hacia ella su morro, dejándole la entrada franca. Sylvan Star distinguió a un empleado de uniforme en el interior de la casilla medio oculta entre frondas. Sin duda, quien accionó electrónicamente la verja... Le estaban esperando.

El *chateau* había sido edificado a mediados del siglo XVII por el duque de Orleáns para su solaz y refugio. Allí solía refugiarse con sus amantes y afirman, malas lenguas, que ellas, a sus espaldas, solían retozar lo suyo por el parque con lacayos y palafreneros que las compensaban de la escasa acometividad de su egregio protector. Pero se trata de viejas historias de la corte francesa. Los Orleáns habían sido en su hora sucedidos por Barrás, y este por Carolina

Bonaparte. Sí, el *chateau* tenía, sin lugar a dudas, una muy interesante historia, de esas tan deliciosas al mejor gusto francés...

Ahora pertenecían al barón Mansart.

De acuerdo, todos lo sabemos. En la Francia republicana no existen los títulos nobiliarios. Tampoco existe la oposición en los países socialistas y otros similares. Son ficciones legales. El barón Mansart, por ejemplo, no solo existía, sino que los innumerables ministros y exministros, y prohombres de todos o casi todos los partidos, que a lo largo de los últimos veinte años habían ido desfilando ante él para solicitarle ayudas, sinecuras, gajes y otras minucias que forman el meollo de la política, le daban, le dieron siempre, en público igual que en privado, el debido tratamiento. Y ojo con no dárselo...

Cuando un hombre controla seis o siete docenas de importantes empresas, la mitad de ellas internacionales, se le calcula una fortuna personal de alrededor de dos mil millones de francos fuertes y toda una larga serie de etcéteras por el estilo, es más barón, o conde, o príncipe, que nunca lo llegaron a ser aquellos tremebundos aristócratas del pasado, época feudal incluida. No hubo rey absoluto con tanto poder como cualquiera de los actuales «reyes» de las finanzas y las grandes empresas.

Y aquel era el cliente de Sylvan Star.

Sylvan estaba muy habituado a lugares como el *chateau* de Beaumirail. Ni siquiera tuvo más de una ojeada para los dos jarrones Song del magnífico vestíbulo, o para la espléndida tela de Cornelius van Vos. Siguió impasible al ceremonioso mayordomo hasta una biblioteca que habría dejado sin aliento a muchos y estrechó la mano de su cliente como lo haría un joven ministro de Asuntos Exteriores con el jefe de un estado extranjero al que llegara a visitar.

El barón no era, exactamente, lo que cualquiera acostumbrado a ver películas de altos financieros imagina que deben ser. Al contrario, viéndole en la calle cualquiera le habría tomado por un apacible profesor de Instituto o intelectual con muchos problemas económicos. De hecho iba vestido con unos pantalones no muy bien planchados, de franela gris, una chaqueta azul oscuro sin solapas, también muy usada, y una vulgarísima camisa blanca sin corbata. De estatura más bien baja, delgado, de tez cetrina y alborotados

cabellos grises, aparentaba menos edad que tenía, sesenta y dos años.

Pero tenía los ojos azules que taladraban a su interlocutor y una voz acerada que nunca decía una palabra más de las precisas ni dejaba dudas a quién la escuchara de quién era el que daba las órdenes allí.

—Bien venido, señor Star. Me complace su presencia aquí. ¿Qué va a tomar?

—Un coñac, gracias.

El botellón era de cristal de Limoges, con dos siglos largos de edad. El coñac había nacido en el XIX. Así daba gusto vivir.

—Usted dirá, señor barón.

—Necesito sus servicios, Star.

—Lo que supuse cuando me llamó.

—He sido objeto de un robo. ¿Ha oído hablar del collar Sumizaki?

Sylvan asintió. Comenzaba a sentirse gratamente excitado.

—Lo adquiriré hace tres semanas. Esta mañana me he dado cuenta de que había desaparecido.

—¿De aquí?

—De aquí. Venga.

Le condujo a un lado de la amplia estancia y, una vez allí, extrajo uno de los incunables que cubrían uno de los paneles de la biblioteca, metiendo en él la mano y pulsando o manipulando algo.

Sin sonido, otro de los paneles de libros se abrió como una puerta, dejando al descubierto, en el lienzo de pared, la de una caja fuerte.

—Nadie toca esta biblioteca, lo tienen severamente prohibido. Además, habría que conocer cuál o cuáles de sus dos mil ochocientos volúmenes hay que retirar y a nadie se lo he revelado. La caja, como usted mismo puede verlo, está empotrada en un bloque de cemento especialmente armado, de tres metros diámetro, camuflado en una de las paredes maestras del castillo; en tiempos hubo una habitación secreta desde la cual el regente de Orleáns se complacía en observar el comportamiento amoroso de aquellas damas que le interesaban, con sus esposos o amantes, antes de hacerles sus propias proposiciones. En cuanto a la caja en sí,

compruébelo, es un modelo especial, sin copias, fabricado bajo mi supervisión en mi factoría de Mannheim. El mejor de los expertos «reventadores» no lograría abrirla en toda una noche de trabajo y tampoco un experto científico descubriría la clave de la combinación, ya que está en sánscrito y al primer error sonaría la alarma. Sin embargo, anoche la abrieron y robaron el collar marchándose sin dejar rastro.

Sylvan Star estaba pensando muy aprisa. Casi no miró a la caja de caudales.

—Eso suena a imposible, ¿verdad? —dijo suave.

El barón asintió.

—Totalmente imposible, pero cierto.

—¿Y... solo tenía el collar ahí dentro?

—No. Pero es el collar lo único que falta.

—Ya. Muy extraño, de veras. ¿Nadie oyó nada anoche?

—Nadie. Tuve invitados, como de costumbre. Ocho personas, nueve, mejor dicho. Le daré sus nombres.

—¿Durmieron aquí?

—Parte de ellos. Ya se marcharon. Fue después de su marcha cuando he descubierto la falta del collar.

—Pudo ser alguno de ellos...

—Cuando repase esa lista sentirá las mismas dudas que yo.

—Entonces...

—Conozco su fama, Star. Demuéstrele. Necesito que encuentre esa joya y me la devuelva antes del día catorce. Le pagaré un millón de francos por su trabajo y su absoluta discreción.

Un millón de francos era una respetable suma. Claro que el collar Sumizaki, noventa y nueve perlas perfectas, idénticas en peso y tamaño, gemelas casi podría decirse, valía más. Se habían tardado casi setenta años en reunir las para un emperador chino que murió de viejo antes de ver cumplido su deseo, más tarde su nieto las engarzó en un collar y se lo regaló a su favorita. Más tarde aún desapareció, en la revuelta de los *bóxers*, y apareció en Europa, donde no resultó fácil hallarle comprador. Este resultó asesinado al poco tiempo y el famoso collar siguió oscuros caminos para volver a China, donde una o dos veces lo lució *madame* Chiang. Luego cayó en manos de un fanático y ascético general japonés llamado

Sumizaki, el cual se lo ofrendó, como botín de guerra muypreciado, a su emperador. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, los chinos lo habían reclamado, pero entonces se descubrió que había desaparecido del Tesoro Imperial junto con otras importantes joyas. Hubo un alto jefe militar norteamericano que no pudo explicar aquella desaparición y falleció inopinadamente de un colapso cardíaco. Las otras joyas robadas al Tesoro Imperial habían reaparecido con el tiempo, siempre en manos de opulentos coleccionistas norteamericanos; pero el collar Sumizaki se esfumó y llegó a decirse que había sido «diluido» para vender sus componentes por separado. Se sabía que ni los chinos de Formosa ni los del continente daban por perdida la magnífica joya y se murmuraba que ciertos magnates inopinadamente fallecidos no lo fueron por enfermedad, sino porque el famoso collar había estado en sus manos algún tiempo.

Ahora le pedían a él, Sylvan Star, que lo recuperara. Y le ofrecían un millón de francos.

—Podría aceptar su encargo, barón. Pero en tal caso necesitaré más informes de los que me ha facilitado.

—Le daré todos los que desee.

—¿Por qué debo recuperarlo antes del día catorce?

—Porque se lo he ofrecido a una mujer.

Toda una respuesta. Sylvan conocía la fama del barón, pero aquello sobrepasaba cualquier fama. Ni siquiera un rey regalaría un collar valuado por los expertos en dos millones de dólares a una mujer a cambio de sus favores. Porque el barón era viudo desde hacía muchos años y jamás pensó en volver a casarse.

—¿Y... ella no puede esperar?

—Ella es...

Dijo un nombre que habría hecho respingar a cualquiera con nervios menos templados que los de Sylvan Star. Desde luego, el barón volaba alto y sabía elegir sus presas. Difícilmente suele reunirse a la máxima belleza la máxima, digamos, alcurnia, y en aquella mujer se daban ambas, aparte otras relevantes condiciones. Desde luego, el pago estaba de acuerdo con la mercancía... dado que nunca nadie había podido hallar nada liviano en el comportamiento de aquella mujer incomparable a otra. Y eso que se lo buscaron...

Ahora iba a entregarse a un menudo caballero que le doblaba la edad para obtener a cambio el collar Sumizaki... Cosas así habían convertido a Sylvan Star en el mayor de los escépticos con respecto a los seres humanos.

CAPÍTULO II

AQUELLOS nueve nombres daban escalofríos. Un ministro en funciones, el presidente de uno de los más importantes *trusts* de la industria pesada europea, un embajador de un país productor de petróleo en litigio con los petroleros occidentales y un exprimer ministro de otro país europeo en visita privada por Francia. Dos de ellos trajeron a sus esposas, honorabilísimas y vetustas damas a las que no había por dónde hincarles el diente. Otro era soltero, el otro viudo.

Las tres damas restantes eran por orden de edades y categoría social, una princesa de casi cuarenta, hermosa y, según las malas lenguas, una de las mejores agentes del barón para captarle negocios sustanciosos, separada discretamente de su inútil y apergaminado marido hacía mucho tiempo; una mujer de treinta y seis años recién cumplidos, guapa, devoradora de hombres, según las consabidas malas lenguas, doble viuda y propietaria de una importantísima cadena de establecimientos vendedores de electrodomésticos con tentáculos en toda la Europa de los Seis y aledaños, de quien se decía que ningún hombre de empresa podía acorralarla y ningún hombre normal dominarla; y una archifamosa «estrella» cinematográfica de algunos más de treinta años, notoriamente ligada al barón en dos o tres aspectos, incluido el sentimental, hacía algún tiempo. La primera y la última, por razones obvias, no parecían capaces de haber cometido aquel robo. La segunda debía poseer una fortuna propia de acaso un centenar de millones de francos fuertes y, desde luego, no robaría joyas, no le gustaban, era sabido.

Mientras examinaba calmosamente los alrededores del *chateau*, el cerebro de Sylvan Star iba funcionando a la máxima potencia. Y era un cerebro de alta calidad, con un coeficiente de inteligencia de

178, idéntico a los de Leibnitz, Goethe y Stuart Mill, pero además polarizado hacia la aventura y la investigación.

El barón acababa de colocarlo ante un imposible metafísico y un desafío absoluto. Alguien había penetrado en una finca campestre muy bien vigilada, en un edificio grande, pero habitado y, sobre todo, protegido por una carísima red electrónica de detección de intrusos, en una amplia biblioteca de casi tres mil volúmenes halló al único que ocultaba el dispositivo que dejaba al descubierto la caja de caudales, al parecer sin dificultad, aunque el dueño de la casa afirmaba no haber permitido nunca a nadie conocer de qué libro se trataba, luego manipuló una caja prototipo, con dispositivo especial de apertura y clave en una palabra del sánscrito, nada menos, que además solo conocía el propietario, abrió la tal caja sin dificultades y se robó únicamente un valiosísimo collar de perlas, archiconocido por todos los expertos del ramo, dejando en la caja otros objetos que, conociendo al barón, debían valer tanto o más que el dichoso collar. Luego se esfumó sin dejar rastros.

Si había sido así, el ladrón estaba fuera de toda pesquisa, era un ectoplasma. Y así parecía haber sido...

Salvo por una serie de pequeñísimos, casi insignificantes, detalles que Sylvan Star estaba descubriendo y de los cuales nada quería decir aún al barón.

Sylvan Star era de los más escéptico, pero creía en los milagros; mejor dicho, en cierta clase de milagros. Había visto demasiado en su azarosa y aún corta —en años— existencia. Ahora aquel especial sexto, o séptimo sentido suyo hallábase superexcitado por el olor de lo excepcional que percibía. Quien dio aquel golpe no era, desde luego, un granuja vulgar. Oh, no, era todo un genio. Y ante los genios Sylvan Star se descubría, metafóricamente, al tiempo que sentía excitarse su sensibilidad como un caballo de batalla se excita al olor de la pólvora y los ruidos de la lucha.

Cuando volvió a reunirse con el barón este tenía una expresión interrogativa en sus ojos implacables.

—¿Logró algo, Star?

—No... y sí.

—Explíquese.

Se hallaban solos en el suntuoso comedor privado del *chateau*, esperando la comida y saboreando un licor viejísimo, estimulante

del apetito. Nadie podía oírles, pero por si acaso se expresaron en griego clásico, lengua infortunadamente muy poco conocida en la actualidad. Ambos la dominaban, junto a otras varias, antiguas y modernas. El barón era conocido por su pasión hacia el estudio de las lenguas antiguas.

—De su relato solo se desprenden dos posibilidades. O un superladrón que además de serlo conociera perfectamente la forma de llegar hasta la caja de caudales y abrirla acertando esa palabra sánscrita...

—Ya le he dicho que nunca se la he revelado a nadie.

—Entonces ese imaginario superladrón tuvo una suerte loca, ocurrió una especie de milagro...

—No creo en milagros.

—Yo sí. Y si no fue un superladrón locamente afortunado tuvo que ser un fantasma incorpóreo dirigido por una inteligencia extranormal.

Vio destellar dos súbitas centellas en los ojos de su interlocutor y eso le puso en guardia.

—¿Por qué ha pensado una cosa así?

Ahora todo Sylvan Star era una entidad supersensitiva tendida a la escucha, como uno de esos enormes y complicadísimos radiotelescopios que tratan de captar mensajes de otros mundos. Ya que también la voz del barón había vibrado, muy leve, saltarina, una nota excitada.

—Puro raciocinio —dijo procurando parecer normal—. Tal como usted lo ha puesto, señor barón, tan solo un delincuente inmaterial podría llegar hasta ese collar. Y solo hay un fallo aparente en esa loca teoría.

—¿Cuál?

—Que, según todos los expertos en la materia, los ectoplasmas no pueden transportar objetos concretos a través de puertas y paredes. Claro que pudo abrir las primeras lo mismo que la caja de caudales...

Había impregnado sus palabras de una leve ironía, pero ese tipo de ironía que usan los pensadores para referirse a problemas, o verdades, esotéricos que ningún científico que se precie de serlo se atreve a rechazar de plano, aunque no pueda probarse su

existencia.

Y el mismo hecho de que el barón no lo tomara a broma resultaba tremendamente significativo.

—Un ectoplasma ladrón... Es una excitante idea, Star. Porque imagino que no está bromeando.

—Cuando me juego un millón de francos no suelo bromear, sino lo indispensable, señor barón. No soy avaro ni ambicioso, pero el dinero es el dinero. Y los fantasmas los fantasmas.

—Usted cree en ellos, entonces...

—Más que en la salvación de mi alma, por ejemplo.

—¿Ha visto alguno?

—Sí. Y también lo que hacen.

—Levitación, transmisión de pensamientos, adivinación del futuro... He estudiado parapsicología, Star. Y la he practicado. No creo sorprenderle si le digo que yo mismo soy capaz de realizar cosas que en tiempos no muy lejanos me habrían dado fama de brujo y llevado a una hoguera...

Sylvan Star lo sabía. Sabía muchas cosas de su interlocutor, eso era parte de su oficio.

—He oído hablar un poco sobre sus poderes especiales, señor barón.

—Y yo sobre los suyos. Llevo intentándolo desde que llegó, pero no he conseguido penetrar en su mente. Posee una fuerza poco común, Star.

Viniendo de quien venía, era todo un cumplido. Sylvan Star sonrió apenas y repuso con máxima suavidad:

—Entonces estamos empatados, en tablas. Tampoco yo he logrado leerle un solo pensamiento.

Ahora le tocó al magnate sonreír. Una extraña sonrisa, cálida y, a la vez, inquietante. Tomando el botellón, volvió a llenar las maravillosas copas de cristal antiguo con el exquisito licor perfumado, estimulante.

—A su salud, Star. Y por los poderes de la mente humana.

Era un brindis muy adecuado a la situación. Tras de beber un sorbo de licor, el barón habló pausado:

—Yo tengo esos poderes. Me di cuenta de ello ya de niño y desde entonces no he hecho, sino aplicarme a desarrollarlos. El ser

humano vulgar no suele utilizar a plena potencia, sino, a lo más, un diez o un doce por ciento de su cerebro. Creo haber superado el cincuenta por ciento. Eso me ha servido para lograr el otro tipo de poder, el que se mide y cuenta en dinero, empresas, acciones y propiedades como esta en que nos encontramos. Usted lo sabe, Star, ese poder es apenas un medio, una base de sustentación, no lo realmente importante. Hay otras cosas...

Refulgían sus ojos con un brillo magnético y sus palabras tenían un extraño poder de captación, de sugerencia. Pero su apariencia, su tono, eran normales, serenos. Sylvan Star permanecía atento y, a su vez, totalmente reconcentrado. No quería dejarse dominar.

—Sé que existen poderes de los llamados por el vulgo sobrenaturales, sencillamente porque los poseo y puedo utilizarlos. No existe tal sobrenaturalidad, como no existen en realidad ni el tiempo, ni el espacio, ni las leyes euclidianas o cinstenianas... Existe el Misterio, eso sí. Y el cerebro humano desarrollado, conformado, como una maravillosa, delicadísima máquina sensorial que a la vez sirve de habitación a una partícula del poder que creó y rige el universo... Sabe a qué me refiero, ¿verdad?

—Perfectamente.

—Esa partícula de Poder mueve esa máquina. Cuanto mayor es la partícula, más energía emite, más partes de la máquina pone en funcionamiento. Pasado cierto límite, la Voluntad, que es Energía, Poder, salta las ridículas barreras de la Realidad y se mueve por un haz de caminos de infinitas posibilidades. Entonces el hombre cuyo cerebro ha sido suficientemente potenciado puede hacer milagros, o brujerías. Puede, por ejemplo, dominar a otros con la sola fuerza de su voluntad, llevándoles a cumplir sus órdenes no escritas, ni habladas. Puede enviar su pensamiento con muchísima más rapidez que una comunicación inalámbrica, directamente a otro cerebro situado a miles de kilómetros de distancia. Puede derrumbar un muro, partir una piedra, sin tocarlos. Puede proyectar su propia imagen, incluso su propio «yo» físico, a la «distancia» y «estar» a un «tiempo» en dos lugares distintos. Milagros... Brujerías...

Hizo una pausa y respiró hondo, mirando de nuevo a Sylvan Star a los ojos.

—Sé que anoche un poder así entró en mi casa, aprovechó mi sueño y me robó el collar Sumizaki. Pero sé también que ninguno

de mis invitados de anoche, y ninguno de mis empleados, tienen tal poder.

—¿Ha pensado en un emisario?

—Lo hice. Ningún emisario habría podido penetrar en mi mente, extraer de ella los datos necesarios y después abrir la caja y sacar el collar. Para eso habrían tenido que concurrir una serie de condiciones y circunstancias que no se dieron.

—He descubierto algunas huellas que me inclinan a creer que no fue exactamente un ectoplasma quien lo hizo.

—¿Qué clase de huellas?

—No podría decírselo. Se trata de intuiciones. Mi mente se ha especializado en esta clase de tareas lo mismo que la suya en los grandes negocios.

—Ya entiendo. Así, usted cree que un hombre... o mujer, guiado a distancia por una fuerza mental, robó anoche el collar...

—Y luego lo colocó en el equipaje de uno cualquiera de sus invitados, en lugar donde difícilmente fuera descubierto por el propietario del objeto. De ese modo un ser ignorante de todo sacó el collar de aquí tranquilamente y, a estas horas, con toda seguridad ni sospecha que ha servido de «correo» a unos especialísimos ladrones.

—Y el collar lo tiene ya quien realmente lo robó...

—Eso imagino. No le habrá costado ningún trabajo. El mío va a consistir en rastrear a esos nueve invitados suyos, dar con el que actuó de médium y también con el «correo». Tal vez ellos me conduzcan hasta el actual poseedor del collar... ¿No puede darme ninguna idea en ese sentido?

El barón estaba muy reconcentrado. Denegó, lentamente.

—Ninguna, Star. Se lo confieso, estoy desconcertado.

Era para estarlo. Y a él, Sylvan Star, le había caído un buen trabajo, de los que le complacían plenamente. Un trabajo loco.

CAPÍTULO III

TODO el mundo sabe quién es Jacqueline Salan. En cualquier parte hay, ahora mismo, una película suya proyectándose, salvo allí donde la censura solo se ocupa del sexto mandamiento.

Sylvan Star no conocía personalmente a la Salan; pero sabía de ella, de su vida y milagros, mucho, muchísimo, más que el noventa y nueve por ciento de sus fans. Sobre todo, de aquellas cosas que a la «estrella» no le gustaba nada que se supiera.

Cuando no trabajaba, la Salan solía esconderse, con sus gatos de raza y su amante de turno, en uno de sus tres refugies predilectos. Ahora estaba en La Sauvage, su finca sobre el mar de Bretaña, aislada y cuidadosamente defendida contra periodistas y curiosos. Un par de hectáreas de rocas, brezal y bosque ralo, un hueco protegido de los vientos, una amplia cabaña y, abajo, veinte metros cuadrados de arena negruzca entre peñascos.

Lloviznaba y batía un ventarrón del Gran Sol cuando el «Ferrari» de Sylvan Star se detuvo delante de la entrada de La Sauvage, cerrada a cal y canto. Un tipo rudo, trajeado como un marinero de aquellas costas, le miró hoscamente sin impresionarse por el automóvil y le advirtió que allí estaba estorbando. Sin inmutarse por tal acogida, Sylvan Star salió del automóvil y estiró sus músculos mirando al otro. Como medía un metro con ochenta y siete centímetros de estatura, un metro con doce centímetros de tórax, y tenía un cabello color de llama clara, eternamente revuelto e insolente, aparte de dos ojos color de mar Egeo junto a una costa de aguas poco profundas, unas facciones de halcón y una voz suave, clara e incisiva, el tipo aquel cambió de actitud.

—Amigo, quiero ver a la señorita Salan. Dígale que soy Sylvan Star. Tenemos amigos comunes.

Aquel hombre vaciló, dio media vuelta y se alejó,

desapareciendo dentro de su casilla de perro guardián. Al poco reapareció y abrió, gruñéndole:

—Pase el coche al cobertizo. Luego siga la senda.

La senda era rústica y el viento batía de un modo endiablado, la lluvia semejaba perdigones líquidos. En rápidas zancadas, Sylvan Star atravesó el desamparado terreno, hasta hundirse entre las altas rocas oscuras. Allí delante, la casa tenía un agradable aspecto con sus tejados rojos y sus paredes de piedra gris con revoques y adornos blancos. La rodeaba un pequeño jardín ahora melancólico. A lo lejos, más allá del bramido de las olas y el bronco mar verdinegro que golpeaba la costa, el cielo tenía de gris la piel del agua, moteada de armiños, y un pesquero grande salía a mar abierta cabeceando duramente.

La figura de una mujer joven dibujábase borrosa tras de la ventana alargada de una de las habitaciones bajas. Sin duda, la Salan. Pero no fue ella quien le abrió la puerta, sino una doncella joven, morena y no mal parecida, que le miró como solían hacerlo todas las mujeres.

Aquel *cottage* bretón poseía personalidad. Personalidad femenina, naturalmente. La Salan era bastante inteligente, para «estrella» de cine. Había tenido que apechugar con una infancia triste y una adolescencia bastante dura, antes de que su buena suerte la colocara en el camino del barón. Eso había ocurrido ocho años atrás. Durante un tiempo ella formó parte del «harén» del barón, un «harén» muy fluido donde no existía una clara favorita, y eso le valió sus primeros papeles de protagonista. Demostró ser algo más que un cuerpo y una cara bonitos, se sostuvo, era ya un valor sólido en la cinematografía francesa. Se había casado y divorciado dos veces en los últimos años, cosa bastante vulgar. Sus maridos, como sus amantes, eran de lo más vulgar. Músculos, deporte de exhibición, caras hermosas... Muñecos viriles para uso de una mujer bastante inteligente.

Sylvan Star conocía a bastantes mujeres inteligentes. Y de las otras. Cuando entró en la habitación donde esperaba la «estrella» su actitud era exquisitamente educada, su sonrisa de antología, y en una sola mirada abarcó a la mujer y a su ambiente.

La Salan no era demasiado alta y sí delgada, pero bien, muy bien proporcionada. No representaba aún sus treinta y dos años

cumplidos. Iba tapada con un suéter de lana amarilla y unos pantalones de paño azules, calzaba unas botas de color rojo oscuro que aún tenían huellas de haber caminado por el exterior recientemente, su melena cobriza y sus bellos ojos oscuros casi despedían el mismo resplandor. Entre las cualidades de Sylvan Star había una muy interesante: podía advertir si una mujer tenía aura, o no; y de qué especie era su aura. La de Jacqueline Salan envolvía como un suave resplandor perlino. Mujer muy femenina, estupenda para amante, peligrosa para enemiga, dotada de una evidente seducción y de un oculto caudal de ternura... Interesante mujer.

Estaba muy en guardia y sabía quién era él. Su cerebro pugnaba por negársele; pero a ninguna mujer le resultaba fácil negar sus pensamientos a Sylvan Star. La Salan tenía miedo. ¿De él?

—De modo que usted es el diabólico Sylvan Star... ¿Qué busca aquí? ¿Mis pecados?

Dicho con una cálida sonrisa y la mano tendida, aquello perdía casi toda su fuerza. Pero ella estaba en guardia y asustada, tratando de echarle siete llaves a sus pensamientos. Sylvan Star tomó aquella mano cálida y muy cuidada, la estrechó y sintió penetrarle el fluido vital de la mujer. Mirándola a los ojos, advirtió cómo ella se replegaba veloz tras sus defensas, igual que una gata asustada. Y, sin embargo, ella no estaba pensando en el collar. Era otra cosa...

—Tengo de diabólico lo que usted de poco atractiva. Y sus pecados me parecen muy veniales, a decir verdad. Vine a satisfacer un irrefrenable deseo.

—¿Cuál?

—Comprobar determinada opinión.

—¿Qué opinión, y de quién?

—La de que usted vale como mujer mucho más de lo que se cotiza como actriz. La emitió el barón Mansart.

Pánico. Un pánico violento y oscuro, una angustia atroz. El cerebro de la «estrella» estaba impregnado de pánico...

—¿Le ha enviado él?

Su voz, su mirada, su expresión, eran del todo normales, por algo tenía experiencia y clase de actriz. Pero había retirado velozmente su mano. Sin duda, sospechaba que él podía captar

mucho mejor sus emociones y pensamientos teniéndosela sujeta. Por la misma razón había desviado la mirada.

—No, exactamente. Charlamos de algunos amigos suyos que estuvieron en su *chutean* anoche y, al manifestarle mi admiración por su trabajo en el cine, emitió tan interesante opinión. A mí me han fascinado siempre las mujeres que ocultan su verdadera valía a los ojos del vulgo, del mismo modo que las perlas se esconden en las ostras sin que uno pueda acertar qué ostras las contienen y cuáles no, antes de abrirlas.

Ella se estaba volviendo de espaldas ya, para tomar una delicada caja de plata antigua que abrió, mostrándola llena de cigarrillos.

—¿Quiere?

—Gracias. Tiene usted aquí un agradable refugio. ¿Viene muy a menudo?

—Cuando necesito estar sola.

—Y yo he venido a molestarla. Lo siento muy de veras, pero no la voy a importunar por mucho tiempo. ¿Le agradan las perlas, señorita Salan?

Ella le miró sobresaltada. Sin embargo...

—¿Las perlas? Pues sí... ¿Por qué me lo pregunta?

—Me pregunto lo que sentiría si pudiera colocar alrededor de su garganta un collar de ellas. Noventa y nueve, todas idénticas, del más puro oriente posible, inimitables y sin posible parangón.

—¿Adónde va a parar, señor Star?

Ahora sí, ahora estaba pensando en el collar Sumizaki. Incluso dejaba que asomara a sus ojos. Pero ya no parecía tan asustada.

Envolviéndose en humo, Sylvan Star procuró sujetarle la mirada. Estaba reconcentrado y ella era, para él, ahora un libro a medio abrir, cuya lectura le resultaba grata, interesante.

—Al collar Sumizaki, señorita Salan. Usted lo ha tenido ya alrededor de su cuello, ¿verdad? Una o dos veces, pero solo por poco rato y en privado.

—¿Cómo lo...? Ah, claro, él se lo ha dicho... Sí, lo he tenido en mis manos y también me lo he puesto. ¿A qué viene este interrogatorio?

—Parece ser que anoche voló tan valioso collar de su bien

oculto y guardado escondrijo.

—¿Que el collar...? —la más profunda estupefacción, de inmediato una indignación caliente y, también, recelo, mucho recelo. Ya casi ningún miedo—. ¿Y él le ha dicho que puedo habérselo robado?

—No, en absoluto. El barón no sospecha de nadie de sus invitados, esa es la verdad. A serle sincero, yo tampoco. Todos son, digamos, demasiado inatacables.

—¿Entonces...?

—El barón me ha encargado averiguar cómo pudo haber sucedido tal cosa. Se me ocurrió comenzar por usted mis visitas de, digamos, amistoso intercambio de opiniones. Espero que no se sentirá ofendida, nada más lejos de mi intención que eso, ofenderla. Por alguno tenía que empezar.

Ahora ella estaba desconcertada, recelosa. Y pensando de un modo caótico en toda una serie de hechos y personas. Pensamientos de mujer curiosamente embrollados y lúcidos, a un tiempo. Pero tenía una fuerte personalidad, ella y su gran recelo le impedían magnetizarla, dominar su mente.

Fue a colocarse, dándole adrede la espalda, ante el ventanal y fumó despacio. Sylvan Star concentró su voluntad sobre la nuca de ella. Los seres normales cometen un error imaginando que solo por los ojos, de frente, se les puede leer y dominar el pensamiento.

Cierto, es el camino más recto, también el normalmente mejor definido.

—No tengo la menor idea de quién, y cómo, le hayan podido robar ese collar al barón Mansart —la voz era calmada, las palabras muy sopesadas. Pero estaba pensando, embrolladamente, eso sí, en una serie de personas. Extraordinario, que concediera a una de ellas tanto relieve con respecto al asunto—. Por lo que me toca, puedo decirle que, aunque las perlas me encantan, y ese collar me fascinó, nunca pensé que podría conseguirlo por las vías normales y tampoco poseo la habilidad, la audacia y los conocimientos que se necesitan, imagino, para robárselo al barón en su *chateau*.

—No la imagino convertida en un Arsène Lupin, desde luego. ¿De veras no tiene ninguna idea, o sospecha, acerca de quién ha podido hacerlo?

—Ni la más mínima.

—Lástima...

Ella se volvió. Lástima, porque ahora toda su energía vital estaba concentrada allí, encima y detrás de sus ojos, tratando de cerrarle el camino hacia sus pensamientos. Ella sabía algo acerca de su poder... o más bien sospechaba por qué el barón le había encargado aquella pesquisa.

—Lamento que haya perdido su tiempo viniendo aquí.

Con suave sonrisa, Sylvan Star denegó. Había muchos modos de atrapar a una gata asustada y recelosa.

—Perderlo aquí, nunca. Usted justifica por sí sola cualquier molestia y riesgo.

Ella parpadeó.

—¿De veras?

—Sí. Naturalmente, no voy a cometer la estupidez de cortejarla ahora. Ni tan siquiera mencionaré sus muchos encantos perceptibles a simple vista. Me estoy refiriendo a otra cosa.

Otra vez el miedo... Y gracias a él la grieta en el muro.

—¿Qué cosa?

—No necesita asustarse, ni estar tan en guardia. Créame, nunca le haré daño. Es de la clase de mujeres que gustan mucho a Sylvan Star.

—No estoy en guardia ni asustada...

—Mucho. Porque ha oído cosas acerca de mí y mis diabólicos poderes, no voy a contárselo al barón. Y si el collar fuera mío, se lo regalaría sin pensarlo dos veces, porque difícilmente podrá rodear un cuello más hermoso.

Ella le miraba fascinada. Había descuidado la guardia y ahora estaba prácticamente a su merced.

—No... no le comprendo...

—Creo que sí, muy bien. El mundo y la vida no son siempre hermosos, no para todos. Y nunca sale bien emparejar al águila con la paloma.

La mujer se estremeció y trató de desviar la mirada, respirando con fuerza. Luego, apretando la boca, aplastó el casi consumido cigarrillo de modo nervioso, fue a tomar del pequeño y surtido bar un botellón y una copa y preguntó con voz ronca:

—¿Qué va a tomar?

—Lo mismo que usted, pero menos cantidad.

Volviendo a estremecerse, ella echó la misma cantidad, razonable, de licor en las copas, y no quiso mirarle al tenderle la suya. Pero entonces Sylvan Star le atrapó la mano, impidiéndole soltarse.

—No me huya. Soy su amigo, Francine. Usted me gusta mucho y quiero que confíe en mí. ¿Comprende? Tiene que confiar, Francine. Igual que confiaba en aquel muchacho... aquel estudiante que murió de un modo tan estúpido. ¿Cómo se llamaba? Louis... Sí, ya lo sé, no puede, no quiere, está asustada, me tiene miedo y aún le teme más al barón. Deseche ese miedo, o mejor, explíqueme por qué lo siente de tal modo. Yo soy su amigo, Francine, usted me gusta mucho...

Ella le escuchaba fascinada. Pálida, ligeramente rígida, con su mano derecha tremándole entre los dedos y transmitiéndole todos los secretos de su cerebro, aquellos que Jacqueline Salan seguramente no confió nunca al barón Mansart.

Tal vez porque el barón nunca la llamó Francine, su nombre verdadero, ni le habló de Jean Louis, el joven estudiante de Arquitectura muerto estúpidamente dentro de un automóvil en uno de tantos estúpidos y brutales accidentes del tránsito.

CAPÍTULO IV

LA lluvia era más espesa y, además, había niebla, sucia, gris, rodando por la landa solitaria. La estrecha carretera rebrillaba como el lomo de una oscura serpiente, mientras conducía a moderada velocidad, Sylvan Star iba rumiando todo lo que ya llevaba averiguado y, también, pensaba en la mujer que acababa de dejar, sola con su pasado y su presente, en aquella casa del acantilado. Sí, a él le gustaba Jacqueline Salan...

La sensación de peligro inminente y mortal le saltó como una liebre encamada y, en la fracción de segundo siguiente, todos sus sentidos estaban alertados al máximo. Era como una nota vibrante y sutil, odiosamente clara, viniendo a chocar contra su cerebro y allí hiriendo un punto neurálgico. Peligro inminente y mortal...

Eran las cuatro de la madrugada. Solo una o dos personas podían saber que él acababa de abandonar la cabaña de la Salan, apenas si se encontraba a cinco kilómetros de allí. ¿Qué clase de peligro le acechaba?

¡El motor! Rápido, metió el freno, pero con cuidado y captó en el acto, como un calambre subido desde la planta del pie, el fallo. Una fría sonrisa le apretó la boca.

El automóvil se detuvo despacio. Sylvan Star apagó las luces. No esperaba la aparición de ningún vehículo por aquella estrecha carretera. Tomando la gabardina que tenía en el asiento de su derecha, abrió un compartimiento del coche y extrajo una linterna eléctrica, no grande, luego salió al frío y lluvioso exterior, dominio de la oscuridad y la niebla.

La luz de aquella linterna era apenas tan gruesa como un lapicero, pero muy concentrada. Y la avería en el motor tan hábilmente provocada que solo un buen mecánico, teniendo previa idea de dónde había sido provocada, la hubiera podido encontrar.

Pero Sylvan Star, además de tener importantes conocimientos de mecánica, poseía otras capacidades.

Cuando se enderezó, sucio de barro oscuro y pegajoso, sus ojos centelleaban y tenía la boca apretada. Un trabajo perfecto, de maestro... Allí delante, a cosa de un kilómetro, la carretera descendía al valle del Plougastel en una sucesión de curvas cerradas. Apenas forzara los mandos para frenar en la bajada, aquella delicada y vital pieza se partiría, los frenos de pie fallarían, agarrotándose, y el vehículo, lógicamente, iría a estrellarse dando tumbos al fondo del valle. Un instante después, la pequeña y eficaz combinación de plástico explosivo y fósforo estallaría, convirtiendo al «Ferrari» y a su ocupante en una brasa...

Un trabajo de experto. ¿Por quién ejecutado? Nadie sabía, ni podían tampoco calcularlo, cuál era su plan de acción. Vino a buscar a la Salan como pudo encaminarse a París, o a otro lugar, de hecho lo decidió sobre la marcha. Ignoraba al llegar cómo sería acogido, cómo reaccionaría la «estrella» a su interrogatorio y, sobre todo, ni él mismo pudo saber de antemano lo que ocurrió después.

Sin embargo, alguien había previsto todo con el máximo detalle, calculó el tiempo que iba a permanecer allí, en la cabaña, llegó, traspasó la barrera, eludió la vigilancia del guardia de la finca y sus dos perros dogos, capaces de partirle el cuello a un hombre de una dentellada, manipuló su coche —no menos de tres horas de difícil e incómodo trabajo porque no forzaron las portezuelas ni dejaron rastros externos— y escapó sin ser detectado. Él, desde luego, hallábase concentrado en la Salan. ¿Fue la Salan un cebo? Pero, en tal caso...

Ahora el problema era otro. No le importaba el desperfecto de los frenos de pie, el coche llevaba otros de emergencia, especiales, que el saboteador no halló porque lógicamente los desconocía. Aquella pieza... Solo le quedaba una solución.

Volviendo a meterse en el coche lo puso en marcha suavemente, encendiendo las luces y avanzando a más que moderada velocidad. Poco a poco, concentró su pensamiento en aquella pequeña y vital pieza del motor que había sido limada hasta dejarla de una delgadez mortal. Tenía que impedir que se quebrara en la peligrosa bajada al valle, llegar a la población.

Una vez allí, dejaría el coche, buscaría un teléfono y vería de

salir del atasco...

Fueron veinte minutos de terrible tensión mental. Les poderes de Sylvan Star, concentrados al máximo, no podían desviarse de su objetivo y sus manos, sus ojos, condujeron el coche por la retorcida cuesta a la mínima velocidad, empleando constantemente el freno de emergencia, de un modo casi mecánico, automático. Pero por fin el vehículo alcanzó el terreno llano del valle y, a lo lejos, entre la niebla y la llovizna, aparecieron las luces de Plougastel.

El pueblo dormía por completo, pero a su parte opuesta había una estación de servicio de combustible Sylvan Star se detuvo allí con un largo suspiro de alivio, luego se apeó y fue a la caseta encristalada. Un tipo joven, con cara de sueño, salió, miró al «Ferrari» y luego a él como los de las gasolineras miran a los propietarios de coches de élite y le preguntó si quería gasolina.

—No. Tengo una serie avería en los frenos y otra en el motor. ¿Puedo llamar por teléfono?

Había uno dentro de la no demasiado confortable cabina. Sylvan Star marcó la centralilla del pueblo y solicitó que le pusieran con la finca de la Salan. Al cabo de unos minutos escuchó el clásico zumbido del timbre del otro aparato...

Y eso fue todo. Nadie lo cogió.

Un escalofrío recorrió la espalda de Sylvan Star. Lentamente, colgó el aparato y se volvió al intrigado hombre de la gasolinera.

—Amigo, supongo que usted tendrá algún vehículo para moverse por el mundo. ¿No me lo podría alquilar?

El tipo tenía una motocicleta, pero vaciló. La visión de un hermoso billete de cien francos acabó con sus vacilaciones.

—Estaré de regreso en un par de horas, a lo sumo. Mientras, meta mi coche a resguardo, pero con mucho cuidado, no fuerce el motor...

Había una enorme diferencia entre el «Ferrari» y aquella moto vieja y petardeante, pero Sylvan Star no se preocupó. Ahora necesitaba regresar a la propiedad de la Salan y averiguar por qué ella no tomó el teléfono. La había dejado despierta apenas una hora antes, pudo quedarse profundamente dormida... pero estaba seguro de que no era así.

Tardó quince minutos escasos en llegar al punto donde el

camino a la cabaña de la «estrella» abandonaba la carretera. Aquella maldita motocicleta armaba un ruido de todos los diablos en el silencio de la madrugada. Paró, la arrimó fuera de la cuneta, tendiéndola entre unos brezos, y continuó a pie.

Sylvan Star no solía utilizar armas y no porque no supiera manejarlas o pudiera legalmente llevarlas encima. Tenía otros sistemas de autodefensa mucho más eficaces que una pistola o un cuchillo. Sin embargo, ahora echó de menos una mientras caminaba, veloz y encorvado contra el viento y la llovizna, entre la oscura noche hacia la finca de la Salan. Quien le preparó la muerte rápida con incineración final de modo tan habilidoso sin duda ya sabía que le falló el trabado. Podía ser que anduviera muy cerca, esperándole para no volver a fallar.

Alcanzó sin novedad, no obstante, el muro que rodeaba la finca. Tenía tres metros de alto, era de piedra sólida y por su parte superior corría un cable eléctrico cuya carga, mojado por la lluvia como estaba, podía ser incluso mortal para un merodeador nocturno.

Sylvan Star hizo exactamente lo que haría un vulgar merodeador nocturno. Solo que él se diferenciaba bastante de un ratero vulgar. Aisló el peligroso cable utilizando sus poderes y unas estopas grasientas, así como unos trozos de goma, que se había llevado de la estación de servicio, pasó al interior de la finca y avanzó como un lobo hacia la casa, a campo través.

Para él, los perros dogos eran el mayor peligro. Los animales aquellos eran realmente feroces, sin embargo, habían podido olfatearle cuando se marchaba y eso era una ventaja. ¿Cómo dejaron pasar al manipulador de su coche? Tendría que preguntárselo al hosco y atlético guarda...

La cabaña estaba sumida en sombras y total silencio. Sylvan Star se escurrió cautelosamente a lo larga del pequeño jardín hasta el edificio... y tropezó con el perro.

Estaba tendido entre dos arriates y del todo inmóvil Dormía profundamente, pudo comprobar pronto Sylvan Star; dormía como duerme un animal narcotizado.

Ahora la sensación de peligro llenaba el cerebro de Sylvan Star. Pero no la punzante que le llegó una hora antes en la carretera, sino una emisión de ondas intermitentes llegadas de todo

alrededor. «Peligro, peligro, peligro»...

Llegó hasta la puerta de la casa sin hacer más ruido que un espectro y luego rebuscó en sus bolsillos. Después arrodillóse junto a la cerradura, introdujo en ella un delgado instrumento de acero especial y lo manipuló.

La puerta no tenía echados los cerrojos interiores. Se abrió sin ruido.

Sylvan Star entró, cerró, sacó su linterna eléctrica y paseó el delgado rayo de luz blanca por el vestíbulo. Luego, decidido, subió al piso alto. El aviso de peligro persistía, pero no de peligro inmediato y mortal.

La alcoba de la Salan estaba completamente hecha, como si nadie la hubiera ocupado. Tan completamente, que no se veían huellas de su presencia allí.

Sin embargo, aquella cama había sido razonablemente deshecha horas antes. Y el olor de la Salan permanecía en el aire, llegando distinto a las papilas olfativas de Sylvan Star. Con una reconcentrada expresión, la mirada alerta y los movimientos rápidos, seguros, silenciosos, abrió los armarios...

Vacíos. Ni una prenda de las que horas antes estuvieron allí. También del amplio y coquetón cuarto de aseo habían desaparecido todos los artilugios de belleza, incluso las toallas. Y no estaban las maletas en el maletero. Como si nunca, al menos desde hacía tiempo, su propietaria hubiera venido allí.

La habitación de la doncella presentaba el mismo vacío. Otro que no fuera Sylvan Star incluso habría dudado de sus sentidos, creyendo haber vivido una pesadilla. Él halló una serie de detalles que pusieron en mucha actividad a su cerebro.

Abandonando la cabaña, Sylvan Star se fue derecho a la caseta del guarda. Parecía no estar tomando precauciones, pero, en realidad, iba del todo alerta.

Como esperaba, el fornido guarda dormía profundamente, sin lugar a dudas también narcotizado. Dormía en calzoncillos y camiseta, dentro de su cama. Habían tenido aquella precaución también.

Y el coche de la Salan había desaparecido.

Sylvan Star salió de allí por la puerta, que dejó encajada. Luego

reemprendió el regreso hacia donde dejara la motocicleta. Iba rumiando todo lo sucedido y, por poco, aquello le cuesta muy caro.

Sintió el violento aviso de peligro, idéntico al de la carretera, un instante antes de sentir el choque de «algo» contra su hombro derecho, una picada fuerte. Instantáneamente, su cerebro le avisó. Narcótico o veneno...

Notó sus efectos de inmediato, una lasitud relajante, un embotamiento inicial en las conexiones cerebrales que comenzaron a «ralentizarse». Reunió todas sus energías mentales para combatir los efectos del narcótico mientras vacilaba, dando unos traspiés, y acababa dejándose caer de rodillas, luego de costado, sobre el barro y el agua del camino.

CAPÍTULO V

HABÍA ocurrido una incidencia que iba a serle muy favorable. Quien le disparó, sin duda con un arma provista de visor de luz infrarroja, un dardo impregnado de narcótico le tiró a la cara o el cuello, pero erró por diez o quince centímetros y el dardo, en vez de penetrarle profundamente en la carne de puntos tan vitales, trasladando por la sangre toda su carga narcótica al corazón y el cerebro en instantes, quedó encajada en la tela de la gabardina y la de la chaqueta, penetró poco en su hombro, metió poco narcótico en su sangre. De todos modos era muy potente, habría bastado para un hombre vulgar.

Él, su cerebro, no lo eran. Por eso consiguió superar el pasajero desvanecimiento y recuperar casi toda su capacidad de combate al cabo de un par de minutos. Sin embargo, se quedó donde había caído, inmóvil. El enemigo se le acercaba, tenía que confiarles.

Eran dos hombres. Cubiertos con cazadoras de cuero y pasamontañas, con anteojeras de motorista, calzando botas recias. Uno de ellos llevaba un rifle especialmente diseñado, con un visor de rayos infrarrojos, el otro una de esas porras de goma virgen que son tan efectivas para romper cráneos. Llegaron bastante ruidosamente, peleando con los brezos y el barro, Sylvan Star escuchó claramente sus voces roncas.

—Cuidado, no te fíes.

—Le di, estoy seguro. Y el dardo llevaba carga triple, para dormir a un elefante.

—De todos modos...

—Tonterías. Yo no creo en eso de que tenga poderes especiales.

—Pues ya has visto cómo escapó de la otra trampa.

—Porque Louis no limaría bien esa pieza. Estaba, recuérdalo, convencido de que el coche tiene frenos especiales de emergencia,

pero había órdenes de no forzar las portezuelas. Ahora has visto qué fácilmente ha caído. Ahí le tienes, hecho un ovillo, ni se enterará cuando lo echemos con la motocicleta por el barranco abajo. Luego le rompes la nuca de un buen golpe, para que parezca que lo recibió al caer, y asunto concluido. Vamos, ayúdame a cogerlo.

Se había echado el rifle a la espalda y el otro se colgó la porra de la cintura. Ambos se inclinaron sobre Sylvan Star...

Y este pareció dispararse desde el suelo como un tigre. Sus encogidos pies golpearon de lleno en lugares tremendamente dolorosos y paralizantes al de la porra, enviándolo, como proyectado por una catapulta, hacia atrás y al suelo con un aullido de dolor mientras sus manos se alzaban, agarrando al del rifle y volteándolo sin hacer caso a su sobresaltado juramento.

Inmediatamente, Sylvan Star pegó con científica precisión, buscando los lugares donde sus golpes iban a ser más efectivos. Su contrincante era, no obstante, hombre duro y, pasada la sorpresa inicial, trató de presentarle batalla. El otro reaccionó también, viniéndosele encima con la porra empuñada...

Un hombre corriente no habría podido superar aquella prueba. Pero Sylvan Star no lo era. Necesitó dos minutos escasos para poner fuera de combate al del rifle, embarazado precisamente por el arma colgada a su espalda, y dismantelar, desarmar, al de la porra. Este, súbito, al recibir un golpe que de no ir tan cubierto le habría puesto fuera de combate, se levantó del suelo y escapó tan aprisa como pudo por entre los brezos. Sylvan Star se llegó al otro, le arrancó el rifle del cuerpo partiendo con increíble facilidad la hebilla de acero que sujetaba al cañón del arma la correa bandolera, advirtió que el visor de rayos infrarrojos estaba destrozado, inspiró fuerte, concentró sus poderes, captó, como si su cerebro fuese un aparato de radar, el ruido y el rumbo, también la distancia a que se hallaba el fugitivo, y disparó sobre él. El silencio que siguió le demostró que había dado en la diana.

Entonces se acercó al otro agresor, arrodillándose y alumbrándole el rostro con su linterna de bolsillo, tras echarle fuera los lentes de motorista.

Vio a un hombre de acaso treinta años, de facciones duras, moreno. Tenía una mueca rara y las pupilas fijas, vidriadas,

insensibles a las gotas de lluvia. Mala suerte la suya, se había golpeado contra una piedra de borde afilado al caer de espaldas tras recibir el impecable golpe de Sylvan Star, y estaba muerto...

El empleado de la gasolinera miró a su extraño cliente de madrugada con una mezcla de alarma y sospecha, que Sylvan Star borró de inmediato.

—La motocicleta derrapó y me caí, eso es todo. Por fortuna sin más consecuencias que unos arañazos y llenarme de barro. Su máquina está perfectamente, es buena.

Aquel tipo, cuando le interrogaran por la mañana, no diría que alquiló su máquina a un desconocido alto y elegante que había llegado con un magnífico «Ferrari» color cereza diciendo que lo tenía estropeado; y no lo diría por la sencilla razón de que tal incidencia iba a quedar olvidada en un rincón de su débil cerebro después de haber sido hipnotizado. Ni siquiera iba a ser capaz de explicar a la policía las características del coche y su ocupante, pensaría que soñó un sueño borroso e inconcreto.

Sylvan Star volvió a meterse en su automóvil y se alejó de Plougastel cuando el alba comenzaba a insinuarse sobre las desoladas tierras bretonas. Se alejó sin ninguna prisa y evitando cuidadosamente las cuestas, los lugares donde debiera forzar el motor. A cierta distancia, se detuvo y esperó a que se hiciera de día, guardando la gabardina en el maletero y limpiándose el traje del barro cogido durante su pelea con sus agresores.

Aquel par no llevaban encima nada que permitiera identificarlos, uno estaba muerto, el otro iba a dormir hasta que el día hubiera recorrido casi todo su curso, nada, pues, le pudieron contar. Pero toda aquella extraordinaria aventura estaba para él henchida de fascinantes sugerencias que se ocupó en clasificar y desarrollar mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo sentado dentro de su coche y viendo aclarar despacio el día sobre el paisaje triste y desolado.

Kérouen era algo mayor que Plougastel y a él le vieron llegar en la dirección opuesta, maniobra astuta y conveniente. En aquel taller de reparaciones, el propietario y su ayudante nunca habían tenido que vérselas con un «Ferrari», escucharon muy atentos la explicación de Sylvan Star y menearon la cabeza de modo pesimista tras examinar aquella pieza.

—Imposible, señor. No tenemos piezas así en *stock* ni tampoco sabemos cómo repararlo, lo siento. Tendrá que dejarlo y llamar a París...

—Supongamos que se hace una soldadura de emergencia. ¿No creen que por quinientos francos podrían intentarlo?

Por quinientos francos, aquel par eran capaces de intentar lo que fuera. Y Sylvan Star se encargó de supervisar su tarea, indicándoles incluso cómo debían efectuarla. Una hora más tarde, aquella pieza estaba lo bastante asegurada, siquiera de modo muy burdo, para permitirle llegar a París.

Sin embargo, el «Ferrari» no podía correr mucho ahora, con sus frenos de pie estropeados y el motor averiado en una pieza tan fundamental. Por otra parte, Sylvan Star tenía verdadera prisa y ningún interés por ser detenido en plena carretera por la policía. Se fue a Nantes, donde llegó casi al mediodía, encaminóse a la agencia que en la ciudad tenía la casa «Ferrari», contó una bonita historia, dejó su coche, salió, tomó un taxi, se hizo conducir al aeropuerto local y se entrevistó con uno de esos caballeros que hoy día se dedican a transportar gente por los aires en viajes «informales».

—Necesito estar en París antes de las tres. Ponga su precio y vámonos.

Con tal lenguaje, uno suele entenderse pronto con la mayoría de la gente. A las tres en punto de la tarde, Sylvan Star se encontraba en su domicilio, un no muy grande, pero sí excelente piso de siete habitaciones sito en uno de los mejores edificios de la Rue Chaumont. Tenía un ayuda de cámara japonés, impagable por muchos conceptos, que le informó de los acontecimientos ocurridos desde que partió hacia el *chateau* del barón mientras le alistaba el baño, le daba un concienzudo masaje y le preparaba una comida de las que complacían a Sylvan Star.

Era un impecable Sylvan Star el que a las cinco en punto de la tarde se personó en el Meurice. Como todo el mundo sabe lo que es el Meurice, ahorraremos descripciones. En una de las *suites* del segundo piso, dos hombres del Servicio Secreto montaban discretamente guardia en el pasillo y le miraron con su clásica suspicacia, pero no les hizo ningún caso. Llegándose a la puerta, pulsó el timbre y luego miró a los agentes de seguridad como exactamente lo haría un alto diplomático. Ellos, habituados a tales

especímenes, lo catalogaron mentalmente así y se abstuvieron de molestarlo.

Otro hombre de aspecto inconfundible abrió y le miró interrogativo. Con su más impecable escuela de altos modales, Sylvan Star tendióle su tarjeta en la que había anotado: «Asunto personal. Barón Mansart». El hombre miró a la tarjeta ligeramente, luego le invitó a pasar y le rogó que esperara unos instantes, pasando a otra habitación donde sonaban voces en idioma no francés.

Retornó pronto, para indicar a Sylvan Star que le siguiera. La otra habitación estaba transformada en una especie de despacho de urgencia y dos caballeros la ocupaban, uno de los cuales resultó ser el exprimer ministro que con su esposa fuera invitado en el *chateau* del barón. Aquel hombre tenía cara de pájaro de presa y fama de ser uno de los más duros hombres públicos de Europa, un hombre repleto de ambición, inteligente y despiadado. Se encontraba tan en guardia como pudiera estarlo uno de su clase al verse visitado por Sylvan Star, pero su acogida fue cordial. Por su parte, Sylvan Star se mantuvo dentro de los límites de la más estricta cortesanía al indicar que la índole de su visita era privada. El otro caballero se excusó y les dejó solos.

Apenas esto hubo ocurrido cuando la expresión y el tono del hombre público cambiaron.

—Bien, señor Star, vamos al grano. Conozco su nombre y su fama, supongo que también usted los míos, y el barón Mansart ya me avisó lo sucedido. ¿Por qué cree necesario venir a interrogarme al respecto, acaso piensa que tengo veleidades de cleptómano?

La mejor defensa es el ataque... y eso aquel hombre lo sabía muy bien. Sylvan Star le replicó con suavidad, aceptando de paso los cigarrillos que le ofrecía:

—Según lo que haya que robar, Excelencia.

El otro arrugó de golpe el entrecejo.

—¿Cómo dice?

—Si el botín es un país entero, o algo que se lo pueda entregar en bandeja, sí, es muy capaz.

El político le miró como preguntándose dónde estaba el insulto más grave en aquella afirmación. De hecho estaba pensando que debía andarse con muchísimo cuidado porque ignoraba lo que su

interlocutor sabía. De pronto sonrió.

—Vaya, es todo un cumplido. Lo admito, de una pieza así sería siempre ladrón. Imagino que no traerá ninguno de esos artilugios electrotécnicos que registran las conversaciones...

—De traerlo me lo habría detectado el aparato que tiene usted sobre la mesa. No, nunca uso ese arsenal de agentes secretos de la televisión. No encaja en mis hábitos.

—Ya sé. Usted prefiere el magnetismo y la telepatía.

—Y por eso usted se ha colocado sobre los ojos esas pantallas oscuras, naturalmente. Veo que no me subestima.

—No habría llegado donde estoy si subestimara a las personas como usted, señor Star. Aunque a decir verdad no es por temor a sus poderes por lo que llevo gafas oscuras. Hace días sufrí una pequeña molestia en el ojo izquierdo, nada importante, una oftalmía ligera, pero el especialista me aconsejó el uso de estos lentes durante un par de semanas. Debe haberlo leído en la Prensa.

Era mentira, pero no merecía la pena decírselo. Un hombre con tantos secretos de toda índole, muchos de ellos importantes, y en trance de anudar una serie de pactos político-económicos que le devolvieran el poder perdido, no podía arriesgarse a que le leyera los pensamientos un notorio detentador de poderes parapsicológicos. Envolviéndose en humo, Sylvan Star repuso, suave:

—Mucho lo lamento. Y espero que se recupere pronto. Porque va a necesitar de toda su vista para no verse enredado en un escándalo que liquidará su carrera para siempre jamás. No puede arriesgar el convertirse en un Profumo.

CAPÍTULO VI

EL político perdió momentáneamente su autodomínio ante el directo ataque. Y como suele suceder en tales circunstancias, dejó al pasarle eso entreabierta la puerta de sus murallas.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—En lo más mínimo. Usted sabe a qué me refiero. Es su esposa la que lo ignora y, desde luego, también la Prensa y el gran público. Aunque, dados los condicionamientos publicitarios sobre los que se basa nuestra desarrollada sociedad de consumo, tal vez la historia del breve y fogoso idilio entre usted y determinada famosa «estrella» del cine francés hasta puede que su candidatura saliese reforzada en los próximos comicios.

Su ironía estaba haciendo mella en el hombre público. Aplastó el cigarrillo con un gesto nervioso y gruñó:

—Está emitiendo una sarta de estupideces calumniosas, Star. Y podría costarle muy caro.

—No tan caro como a estas horas puede haberle ya costado a la señorita Salan su breve y tórrido idilio con usted.

El político le miró sobresaltado.

—¿Qué dice?

—Fue mi primera visita a los invitados del barón. Estuve conversando con ella durante cierto tiempo...

—¿Y le habló de mí?

—No. Tampoco el barón me lo ha contado. Usted lo sabe, poseo medios de enterarme de lo que me interesa. Bien, la señorita Salan abandonó súbitamente su *cottage* bretón en plena noche, poco después de mi partida.

—¿Y eso qué significa...? Pudo volverse a París...

—No está en París. Ocurre que, a poco de marcharme de allí,

descubrí que alguien, mientras yo conversaba con la Salan en su *cottage*, se había entretenido limando una pieza vital del motor de mi coche y bloqueándole los frenos. Un investigador normal habríase matado en un accidente desdichado.

El político estaba ligeramente pálido, aunque trataba a toda costa de recuperar la serenidad y no dejar traslucir ya más sus pensamientos. Era la suya una pugna violenta, desesperada, contra la mente de Sylvan Star allí, en la misma brecha.

—¿Es posible? ¿Insinuía que ella...?

—Ella, no. Otros, sin duda muy interesados en cortar en flor mis investigaciones. Cuando regresé a hacer unas preguntas hallé a su guarda de la finca, y a sus dos perros dogos, narcotizados. Ella y su doncella habían desaparecido sin dejar rastro, aunque su coche continuaba en el cobertizo. Y más aún, al alejarme de allí me dispararon un dardo narcotizante con un rifle especial, poco faltó para que me dejaran fuera de combate. Su propósito inmediato, despeñarme con una vieja moto que yo había alquilado, romperme el cráneo y luego incinerarme. Por desgracia para ellos les salió mal la cuenta.

A través de los oscuros cristales de los lentes, los ojos del político estaban ahora fijos en él. Aquel hombre sentíase muy en peligro, había sobrepasado la momentánea crisis de pánico y estaba listo para luchar.

—¿Qué pasó con ellos?

—Oh, lo usual. Uno está muerto, desnucado a su vez, y el otro quedó narcotizado con uno de sus propios dardos. Cuando despierte imagino que tendrá mucho trabajo para explicar lo sucedido.

Quedó un breve silencio. Ahora el político cometió el mismo error de la Salan al tomar un nuevo cigarrillo e irse a mirar por la ventana el tránsito por los Campos Elíseos.

—De modo que trataron de asesinarle... y ella ha desaparecido... ¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

—Tengo un montón de ideas, pero no todas me satisfacen. ¿Y usted, tiene alguna?

El político se medio volvió, mirándole de reojo entre humo azul.

—Yo no he robado ese collar. Star. Ni siquiera sabía de su

existencia.

—Una verdad a medias. Conoce la existencia del collar, ignoraba que Mansart lo tenía en el *chateau* y, de haber podido meter mano a su caja fuerte no habríase llevado esas perlas, aun conociendo su valor, sino los documentos que Mansart guarda en ella. Eso que le liga al barón para siempre, por ejemplo.

—Usted es un... ¿Cómo lo sabe? Ya, no me lo diga. Me cazó sobresaltándome con el anuncio de la desaparición de Jacqueline Salan... Está bien, Star, me tiene en sus manos. ¿A qué ha venido, buscando a ese collar o para hacerme un chantaje?

—Digamos que siguiendo una trayectoria fascinante. A mí no me interesa demasiado la política, aunque sí mucho los políticos; y en cuanto a prendas o dinero, soy en realidad muy poco aficionado a las primeras y tengo suficiente del segundo. Pero no me agrada que traten de asesinarme y me vengo preguntando desde anoche quién existe tan veloz de movimientos, contundente de métodos y astuto, tan cargado de información de primerísima mano, como para haberme tendido anoche esa doble trampa mortal.

—Sin duda el ladrón del collar.

—Sin duda, pero, ¿quién es el ladrón del collar?

—Usted mismo me ha descartado...

—No dije tal cosa. Dije que usted habría preferido llevarse determinados documentos. Pero usted es muy inteligente, Excelencia. Si hubiera abierto esa caja fuerte, y robado esos documentos, el barón habría sabido en el acto quién se los robaba y obrado en consecuencia... Me parece que el barón sabe muy bien con quién juega su juego. Probablemente no todos los documentos que le atañen a usted se encuentran en esa caja de caudales, o existen otras argollas. En cambio, si el ladrón del collar pusiera, como precio por su devolución, la entrega de todas esas argollas...

—El barón lo sabría igualmente. Me parece que elucubra demasiado, Star.

—No. Ocurriría, en efecto, si solo se pidieran, como rescate, los documentos que le atañen a usted. Pero si además se exigen los que atan a otros de los comensales de esa cena...

—Mansart no los entregaría. No vale tanto ese collar.

—Usted sabe que sí. Pero admitamos, por un momento, que no

ha sido el que robó el collar. La Salan ha desaparecido y quien la tiene en su poder puede hacerle contar sus relaciones con usted.

—Nadie lo creerá...

Pero la voz le sonaba insegura. Sylvan Star pegó en caliente.

—Todo el mundo, comenzando por su propia esposa y por los electores, si aparecen pruebas concluyentes. Su esposa, por ejemplo, recordará cómo sintió aquel repentino sueño tras tomarse sus píldoras cotidianas. Nada tan fácil para el aún vigoroso y sin duda donjuanesco marido de una mujer madura, vulgar y carente ya de atractivo físico, dormida profundamente gracias a un narcótico, como abandonarla en el lecho y marchar a gozar los encantos de la sin duda infinitamente más agradable señorita Salan. A decir verdad, la historia reúne todos los ingredientes folletinescos y picantes que más gustan a la «masa media» de lectoras de esas publicaciones que son tan buen negocio, ¿no le parece?

El político estaba lívido.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí, Star?

—Colaboración. Para salvar su propio pellejo, amigo mío, no generosa. Si no aparece pronto la señorita Salan, sana y salva, usted se va a ver envuelto en un buen brete.

—¿Usted no? Ese hombre muerto en la landa...

—Quienquiera que lo envió a matarme, con su compañero, se habrá tomado sin duda el trabajo de llevárselos donde no despierten sospechas. Pero esa misma persona puede comenzar hoy mismo a extorsionarle. Me extraña que no lo haya hecho ya.

—Nadie me ha llamado...

—Le llamarán. Cuando lo hagan, póngase de inmediato en contacto conmigo.

—¿Qué es lo que espera conseguir?

—Al ladrón del collar. A propósito. ¿Han abierto ya el equipaje que llevaron al *chateau*?

—¿El equipaje? ¿Qué...? No lo sé, comprenderá que no me ocupo de eso. ¿Acaso cree que nosotros hemos sacado de allí ese collar?

—Sospecho que sí, que han servido de correo al ladrón.

—¡Pero es absurdo...!

—¿De veras? Reflexione. Usted tiene el tejado de vidrio, usted

pasa la noche en una habitación que no es la suya y con una mujer que no es su esposa, esa misma noche alguien roba un valiosísimo collar en la caja de caudales de su anfitrión y el robo no se descubre hasta la mañana siguiente, cuando ustedes los invitados ya partieron. En casi la última persona que se podía pensar como ladrón es en usted, sencillamente porque en la caja había unos documentos de máxima importancia para su persona y allí quedaron, mientras que ese collar no parece, razonablemente, necesitarlo para nada. Además está su esposa, abúlica, anodina e ignorante de todo. El ladrón le ha visto trasladarse de cuarto, aprovecha la oportunidad y oculta en su equipaje la joya robada, en lugar donde razonablemente no han de mirar por la mañana. Pero, naturalmente, no puede presentarse aquí más tarde y pedirle sin más que le permita abrir una de sus maletas. ¿Qué hace, entonces? Busca un camino endemoniadamente tortuoso. Rapta a la señorita Salan, luego se persona aquí y le exige que le permita recuperar su botín y guarde total secreto sobre el asunto, a cambio de su propio silencio y de unas cuantas pruebas para usted muy peligrosas. ¿Cuál será la reacción de usted, cogido entre la espada y la pared?

—Darle ese maldito collar. Pero me parece muy enrevesado.

—Apto para políticos y traficantes de altos vuelos. Ustedes nunca realizan nada que sea sencillo, no encaja con su mentalidad. Bien, quiero examinar sus valijas, Excelencia. Ahora mismo.

—Pero... Mi esposa...

—Su esposa se encuentra en una exposición de grabados japoneses, Excelencia. No perdamos más tiempo.

El político no insistió más. Se sabía entre la espada y la pared, estaba asustado, preocupado. Abandonando aquella habitación pasaron a la alcoba, grande, suntuosa y *demodée*, como todo el famoso hotel.

—¿Recuerda cuánto equipaje llevaron?

—Sí. Dos maletas medianas y el *nécessaire* de mi esposa.

—Indíquemelas.

—Esa y esa. El *nécessaire* debe andar por ahí. La verdad, no acierto a comprender cómo diablos pudo el ladrón meter el collar en nuestro equipaje, si es que lo hizo...

Sylvan Star estaba ya examinando cuidadosamente las dos

excelentes maletas de piel de cerdo, a la sazón vacías. Toda su energía mental estaba concentrada en la tarea y de momento se desentendió del político.

La maleta más pequeña no le dio ninguna información. Pero apenas hubo abierto la otra cuando la nota que buscaba chocó contra su cerebro con bastante nitidez. Era como un débil sonido intermitente, un efluvio magnético.

Veinticuatro horas antes él había tenido en sus manos el estuche de las perlas. Y las perlas, eso lo saben aquellos que generalmente entienden de ellas, no son meros pedazos de piedra cristalizada, sino entidades vivas, captadoras de electricidad, de magnetismo. Hay perlas y perlas. Las componentes de aquel collar eran únicas, habían sido tocadas por pocas manos y adornaron escasos cuellos. Todas aquellas manos, todos aquellos cuellos, habíanlas impregnado del efluvio de la codicia, el ansia infernal y potente de poseerlas a cualquier precio.

Desde luego un ser humano normal, vulgar, nada tenía que ver con aquello. Pero la larga sarta de perlas nunca estuvo en contacto con seres vulgares. Y de ahí que al cabo del tiempo, siglos, del collar emanara un efluvio especial, formado por los residuos magnéticos de todas las violentas codicias posesivas que en él se descargaron. Eso lo había captado Sylvan Star allí, en su estuche vacío. Ahora, mucho más débilmente, lo captaba ante aquella maleta.

—¿Ha encontrado algo?

—Quiero inspeccionar el guardarropa de su esposa.

No tardó ni tres minutos en hallar la prenda ocultadora de la joya. Un magnífico abrigo de esos que lucen las elegantes, o ricas mujeres del mundo sin pensar jamás en el sufrimiento de los animalillos sacrificados, a menudo de manera salvaje y cruel, para arrancarles la piel, incluso aún ellos vivos, y formar con ella y otras iguales tales prendas. El ladrón había descosido habilidosamente una sutura del forro, metió dentro el collar, volvió a coser la sutura y dejó el abrigo en su sitio. Por la mañana, el abrigo iría a la maleta cuidadosamente doblado y nadie notaría el contrabando, ya que a nadie se le ocurre utilizar tal tipo de abrigos para un viaje mañanero en automóvil.

Naturalmente, el collar ya no estaba allí.

CAPÍTULO VII

LA princesa se encontraba en una de esas recepciones del gran mundo, tan brillantes y reiteradas, sin las cuales se irían al traste docenas de revistas ilustradas en todos los países del Occidente. En lugares así, Sylvan Star no encontraba dificultades para entrar.

Se había cambiado de ropa y ya no parecía un diplomático de carrera en comisión de servicio, sino un *play-boy* con espolones. Entró por entre los numerosos invitados como lo haría por el pasillo de su casa, repartiendo sonrisas y besos a las damas, gestos amistosos a los caballeros, porque allí había bastante gente que le conocía de modo más o menos superficial. Luego descubrió a su pieza y fue a por ella.

La princesa conocía a «todo París» y a «medio mundo», por tanto le conocía a él. Tal conocimiento no era ni todo lo íntimo que a ella le hubiera gustado —y a él también, bueno es decirlo— ni tan superficial como el que unía a casi todos los allí presentes. Pero desde luego no se acercaba nada a lo supuesto por muchos. Ahora ella conversaba con un conocido escritor —en Francia, país de cultura viva y potente, no se concibe fiesta elegante sin uno o dos hombres de letras. Más o menos como en España—, con un diplomático de carrera y con un importante financiero. En París saben amalgamar exquisitamente todas las tendencias y todos los símbolos. Vio a Sylvan Star, varió perceptiblemente su sonrisa y se excusó con los tres caballeros.

Sylvan Star acababa de besar aparatosamente a una beldad del gran mundo, recientemente divorciada, que le hizo al oído un insinuación de lo más descarado acerca de una escapada a lugar solitario y acogedor. Le aseguró que tendría sumo placer en tratar de ello más tarde y se la quitó de encima con gran habilidad, dejándosela a un engreído hombre de empresa que habría dado

gustoso la cuarta parte de sus beneficios en el último enjuague a cambio de obtener de la bella lo que ofrecía tan graciosamente a Sylvan Star. Y al poco se hallaba tendiendo una copa de champaña helado a la princesa con su mejor sonrisa, idéntica a la que ella le regaló.

—Te estaba esperando. Él me avisó que te había encargado de recuperar no sé qué cosa y me pidió que colaborase contigo.

La princesa lo era de verdad, nada menos que con antepasados suyos degollando musulmanes en las últimas Cruzadas. Dejando aparte la lógica, natural y consabida aportación de sangres plebeyas al azulenco río genealógico, por mor de los retozos de sus antepasadas con hombres de nula o muy escasa alcurnia, la verdad era que se trataba de una perfecta *pur sang*, uno de esos depurados especímenes que no se consiguen simplemente con dinero. Rubia, esbelta, delicada, exquisita... y soberbiamente inmoral, como solo puede serlo una verdadera princesa. Para Sylvan Star tenía muy pocos secretos, pues no se molestaba en cerrarle su mente. Lo que sí hacía era no pensar, delante de él, sino en cosas muy concretas, del todo excitantes y agradables. Porque, aparte sus muchos encantos físicos y espirituales, era femenina al ciento por ciento, con todo lo que significa dicha afirmación.

—¿No te ha dicho lo que le robaron?

—No. Ya sabes cómo es. ¿De qué se trata?

—Del collar Sumizaki.

—¡No! Pero... es imposible, lo guarda en esa caja...

—¿Tú conoces el emplazamiento de esa caja?

—¿Yo? ¡Oh, no! Ni creo que nadie. Mansart es como un ogro de viejos cuentos, una especie de brujo, de Merlín... Pero qué te estoy contando, tú perteneces a su misma especie, o no te habría dado ese encargo. ¿Acaso te ha dicho que lo conozco?

—No. Afirma que nadie, fuera de él, sabe dónde oculta esa caja y cuál es la combinación que la abre.

—Si te lo ha dicho, es la verdad. Sylvan, nos conocemos hace tiempo y no tengo secretos para ti, nunca me coloco a la defensiva para que no leas mis pensamientos...

—Ya lo sé. Te limitas a abrir en abanico los para mí más agradables.

—Granuja... Pues no te das mucha prisa en aprovechar mi excelente disposición. Te he visto besar a Sonia Daguerloff. Apuesto a que te pidió que la consueles de su reciente divorcio.

—¿También tú lees los pensamientos?

—Algunas veces, sobre todo si conozco a quien los piensa. ¿Crees que ella vale más que yo?

—Bajo ningún concepto.

—Entonces, ¿por qué no hacemos una escapada juntos?

—¿Cuánto tiempo lo llevas deseando?

—¡Hum! Desde que te conozco, bien lo sabes.

—Yo también. ¿Sabes por qué aún no te lo he pedido?

—Dímelo.

—Tú tienes viñedos en la Charente. Uno especial, un vino finísimo, casi luz solar embotellada...

—El «Chatel-Vieux», sí —ella se había excitado, su aura lo denotaba—. ¿Te gusta? ¿Por qué no me lo has dicho? Te enviaré una docena de botellas de la cosecha del cincuenta y cinco. Fue excepcional.

—Quince años ya. Todo ese tiempo lo habéis estado cuidando, purificando, aquilatando...

—Ya te entiendo. Y es el más excitante cumplido que un hombre me haya hecho nunca, Sylvan. Pero tú lo sabes, el mejor de los vinos se pasa... y las mujeres, por desgracia, también.

—Tú estás en la plenitud del *bouquet*. Y yo soy un sibarita. En cuanto termine con ese encargo de tu dueño y señor vamos a irnos a cierta pequeña isla del Egeo los dos solos.

Hubo un extraño centelleo en las hermosas pupilas femeninas.

—Sí, eres un brujo —dijo con voz levemente enronquecida—. De modo que también eso lo sabes...

Sylvan Star sabía, entre otras muchas cosas, que casi todo corazón femenino guarda un recuerdo muy oculto, un recuerdo agrisado de algo muy bello que se frustró. Incluso los corazones de las princesas. Sonrió lo justo y del modo justo, asintiendo:

—Para llegarme a ti tenía que estar perfectamente preparado. No te puedo ofrecer lo mismo que los otros.

—Ni yo te daré lo que otros recibieron.

—¿Mansart incluido?

—Le has llamado mi dueño y señor, sabes más de lo que yo me imaginaba también en ese sentido. Al dueño y señor no se le ama, se le respeta...

—Y se le odia.

La princesa borró despacio la sonrisa, luego bebió un sorbo de champaña y dejó la copa sobre la bandeja de un camarero que pasaba, para cogérsele del brazo a Sylvan Star.

—Alejémonos de este barullo...

Apartáronse todo lo que podían. Ella le pidió un cigarrillo y esperó a que se lo encendiera, fumó despacio, como abstraída, luego le miró a los ojos.

—Te estoy dejando abierto mi cerebro para todo lo que respecta a este asunto, Sylvan —dijo, y era verdad—. ¿En qué puedo ayudarte? Y conste que no lo hago por Mansart.

—Ya lo sé. Tú sabes cosas, por ejemplo, esa amistosa reunión. ¿Para qué fue?

—Mansart está anudando uno de sus clásicos entramados que, a la postre, aumentarán su poder. Creo que va detrás de la HCB.

Un complejo siderometalúrgico que producía el ocho, coma, veinte por ciento de la industria pesada de Europa Occidental. Buen bocado.

—Tiene ya el dieciséis por ciento de las acciones, pero va a por el cincuenta y uno. Si consigue el apoyo de nuestro ministro, coloca al político que ya sabes de nuevo a la cabeza del Gobierno de su país y ese otro país petrolero accede a concederle las ventajas que busca, dará el golpe sin fallar. Como siempre.

—¿Tu papel y el de las otras jóvenes y bellas invitadas?

La princesa hizo un expresivo mohín.

—Como si no lo supieras... La Salan y yo formamos parte de su equipo de *public relations*, hemos sido en un tiempo y por cierto tiempo sus favoritas, nos domina y hacemos lo que le place. Tú sabes que, a fin de cuentas, un hombre importante suele ser ante todo eso, un hombre. Y cuando llegan a cierta altura deben andarse con mucho cuidado. Mansart conoce muy bien a los hombres, tanto como a las mujeres, no en balde es un brujo... uno de vuestro círculo asustador y fascinante. Nadie sospecha que después de una de esas reuniones de alto nivel a las que sus presas asisten siempre

en compañía de sus ya desahuciadas esposas, mientras ellas duermen a pierna suelta, sabiamente narcotizadas, sus importantísimos maridos gozan de todos los placeres en compañía de mujeres jóvenes, hermosas y adorables, mujeres con cuyo amor han estado soñando oscuramente desde hace mucho tiempo.

—Un buen cebo para atrapar grandes peces, sin duda.

—Sin duda. Todos los hombres gustáis de un tipo especial de mujer. Y en la pantalla aparecen mujeres que suelen encarnar una amplia gama de tipos femeninos, otras brillan en el gran mundo... Mansart averigua, buceando con sus poderes especiales en la descuidada mente de sus presas cuando ellos se descuidan y descubren, al mirarnos a una de nosotras, cuáles son sus más íntimos deseos, qué gustaría hacer, qué mujer, qué tipo femenino especial, les atrae más poderosamente. Una vez que lo sabe escoge entre su harén a la más idónea y le ordena servir de cebo. No hay forma de negarse, de evitarlo, nos tiene tan atrapadas como a esclavas, de modo que se obedece y en paz.

—Y luego, gracias a vuestros encantos, él consigue lo que busca...

—Documentos, películas escandalosas, conversaciones tomadas por medio de aparatos ultrasensibles... Ninguno de esos hombres es tan astuto y desconfiado que pueda eludir su tela de araña. Una vez los tiene en su poder los maneja como a marionetas, les da sus órdenes y ellos le obedecen, porque saben que, de no obedecerle, están perdidos. Por otra parte, sospecho que no les da directamente sus órdenes. Hasta creo que se las puede transmitir a distancia, una vez domina sus cerebros.

—Diablos, es espeluznante.

Ella le miró con reproche.

—No te burles. Tú eres como él.

—Pero no suelo utilizar a mis buenas amigas como hetairas ni las obligo a amar a otro que no sea yo mismo. Lo siento, Ghislaine, de veras.

—Ayúdame. Ayúdame a romper mi maleficio. Y ya sabes cómo te lo agradeceré.

—Dime cómo y, si puedo...

—Puedes, lo sé. Leo mucho sobre parapsicología y fenómenos

de la mente, Sylvan. Sé que solo otro de su especie puede liberar del dominio mental de uno de esos seres poderosos a la persona caída bajo su férula.

—Eso es peligroso, Ghislaine. Muy peligroso.

—¿En qué sentido?

—Anoche quise hacerlo con Jacqueline Salan, sin que ella lo notara. Casi lo conseguí... y de repente choqué con Mansart. Poco después a mí trataban de asesinarme por dos veces y ella desaparecía sin dejar rastro.

La princesa palideció bajo su maquillaje, se le cortó la respiración y hubo una dilatación asustada en sus pupilas. Tragó saliva, respiró hondo, luego inquirió con voz delgada:

—¿Crees que... haya muerto...?

—Espero que no. Pero todo este asunto es condenadamente loco, Ghislaine y endemoniadamente peligroso. Quien ha robado ese collar no fue un ladrón vulgar y corriente, créeme.

—Eso ya lo sé, sin que me lo digas.

—¿Y sigues pidiéndome que te libere de Mansart?

—Sí. Estoy muy asustada, ya lo notas; pero deseo que me ayudes.

—Caerás en mi poder.

—Ojalá. De ti sé que no ha de venirme ningún daño.

—Conoceré todos tus secretos, incluidos los que hasta hoy no me has dejado averiguar.

—Ya me da igual. Te lo he dicho, estoy harta. Y este odioso asunto...

—¿Conoces a la princesa Liao?

CAPÍTULO VIII

LA EMBAJADA hallábase rodeada por un guardia reforzada de gendarmes, debido a los últimos disturbios callejeros. Pero a estas primeras horas de la noche la calma era la característica de la hermosa avenida.

Sylvan Star tenía más de un automóvil. Ahora detuvo su «Citroën-SM» azul delante de la entrada a la Embajada y, sacando la mano derecha, enseñó al gendarme que se le acercaba un pasaporte diplomático. Él, desde luego, no era diplomático, pero eso no tenía por qué saberlo el gendarme, ni tampoco que el documento estaba perfectamente falsificado. De ahí que, tras examinarlo atentamente durante un par de minutos, se lo devolviera con un saludo, dejándole pasar.

El portero de la Embajada era un musulmán fornido de grandes bigotes y aspecto fiero, al que se le notaba el bulto de la automática debajo del sobaco. Miró a Sylvan Star, examinó su pasaporte y le dejó paso franco. Había dentro otro musulmán mucho menos fornido, con bien recortada barba típica y no menos bien cortado traje, que escuchó la pretensión de Sylvan atentamente, marchándose luego y dejándole con el desconfiado cancerbero, cuyos pensamientos estaban divididos a partes iguales entre un fiero deseo de degollar a unos cuantos de aquellos malditos estudiantes parisienses; a unas cuantas docenas de aquellas escuálidas francesas, tras engordarlas como mandan las sanas costumbres orientales. Pensamientos muy sanos y normales, a la postre.

La Embajada era un lugar silencioso y agradable, pero impregnado de efluvios de intriga, violencia y ambición. No era extraño, pues desde que en aquel vasto y poco poblado país se descubrió un océano de petróleo bajo las arenas del desierto había

habido cuatro revoluciones relativamente cruentas, seis o siete golpes de Estado fracasados y otras menudencias por el estilo. La súbita riqueza siempre atrae estos resultados, como la carroña suculenta a los buitres.

El embajador era un hombre de treinta y ocho años, rechoncho, afable, sonriente, agudo en sus respuestas. Uno de esos hombres del Tercer Mundo que se educaron en las Universidades europeas como gente de otra raza, soportando todo lo que tales gentes solían soportar hace quince o veinte años, y de repente se han visto, por mor de los bandazos de la fortuna, convertidos en iguales de sus antiguos señores y, no solo eso, sino en ocasiones incluso poseedores del látigo con que hacerles bailar a su gusto. Como es natural, estos hombres jóvenes, inteligentes, brillantes y amargados, suelen no desaprovechar ninguna ocasión que se le presente para hacerles saber a los europeos que los tiempos y las respectivas posiciones cambiaron.

Aquel embajador era temido y había sabido hacerse un prestigio. Como tantos y tantos políticos, era ambicioso, inescrupuloso y tortuoso. Pero los nuevos países, que tanta parte de sus presupuestos dedican a los servicios de información y represión dentro de sus fronteras, y a los servicios secretos fuera de ellas, suelen estar deficientemente informados acerca de mucha gente de veras importante que se mueve por el brillante mundo de la alta sociedad internacional, y el embajador solo sabía de Sylvan Star que era un *play-boy* intelectual injertado en investigador privado de altos vuelos. Ciertamente una imagen muy parcial, pobre y deformada del personaje, por eso solo guardó las precauciones normales. Un gran fallo suyo.

—De modo que al barón Mansart le robaron anteanoche una joya y usted viene con la pretensión de que le explique los motivos de mi presencia en ese lugar esa noche...

—Por favor, Excelencia, no tergiverse mis palabras. El barón me ha encargado simplemente de encontrar y recuperar una valiosa joya, la más elemental técnica de investigación exige conversar con quienes se encontraban presentes esa noche en el *chateau*.

—¿Se da cuenta de que su pretensión no solo es intolerable, sino ultrajante, señor Star?

Sylvan Star enarcó una ceja de modo absolutamente perfecto.

—¿Intolerable y ultrajante, Excelencia? ¿Qué cree opinará el barón Mansart de uno de sus huéspedes que aprovecha la noche para ir con otra de sus invitadas que no es, desde luego, su esposa legítima, dentro de su casa y sin su conocimiento?

Touché, el diplomático se batió de inmediato en retirada.

—¿Puede probarlo? Porque si no...

Otra vez Sylvan Star le cortó el contraataque. Lo hizo con un ademán de su diestra tan perfecto como el anterior enarcamiento de cejas.

—Por favor, Excelencia, amenazas no, son muy desagradables. Naturalmente que lo puedo probar. Como podría, de ser necesario, probar otras cosas que a no dudarlo iban a colocarle a usted en muy delicada posición con respecto a su propio Gobierno.

Habló en el tono exacto, uno que el embajador recordaba muy bien de sus ya lejanos tiempos de estudiante y que, sin duda, debía escocerle de lo lindo, a juzgar por su reacción expresada en árabe puro... con el dialecto de su país. Había mucha animosidad en sus duros ojos negros.

Y mucha frialdad en los de Sylvan Star cuando le contestó en un árabe mucho mejor que el suyo con incisiva frialdad, ensartando una serie de escogidos insultos qué pusieron lívido a su interlocutor y añadiendo, en francés ya:

—Como ve, Excelencia, mi árabe es mejor que el suyo y también conozco insultos mucho más contundentes, floridos y tradicionales que los que usted me ha propinado. Ahora, que nos hemos desahogado, seguiremos hablando de modo civilizado. ¿Qué prefiere, la paz o la guerra? Le doy a escoger.

La sangre, el corazón del embajador anhelaban la guerra, la venganza. Su mente se mostró más cautelosa.

—Yo no robé ese collar. Ni siquiera conocía su existencia....

—La conocía porque no hace mucho se la indicó un buen amigo suyo, segundo secretario de la Embajada de China Popular. Sabía también perfectamente que el barón Mansart lo guardaba en una caja fuerte muy especial de su *chateau* y que no menos de tres intentos de robárselo habían fracasado.

—¿Acaso me acusa de ladrón?

—No. Además, usted está protegido por la impunidad

diplomática. Pero si su Gobierno descubre que no solo trafica cautelosamente con permisos de importación, agenciándose con ello una saneada cuenta corriente en lugar seguro, lo cual no tiene mucho de particular, a decir verdad, y resulta tan comprensible como hasta cierto punto disculpable, sino que también coquetea con el equipo actualmente en el exilio que está preparando cuidadosamente una revolución para apoderarse del poder y sus innumerables sinecuras, creo que sus días como embajador van a reducirse drásticamente e incluso es posible que también los de su joven y prometedora existencia. ¿Por qué no mostrarse razonable y dispuesto a colaborar?

El embajador se mostró razonable. Ardía de odio africano, pero se mostró razonable y colaboracionista con aquel hombre tan peligrosamente enterado de sus secretillos. Sin perjuicio de ponerse a pensar en el mejor modo de enviarlo pronto al infierno por la vía rápida, utilizando los servicios de cierto par de compatriotas que gastaban sus ocios y buen dinero en la Ville Lumière bajo la decorativa apariencia de jóvenes artistas no muy prometedores... Sylvan Star le dejó hacerse ilusiones hasta que llegó para él la hora de marcharse. Entonces, mientras le tendía su mano con una de sus agradables sonrisas, le dio la mala nueva.

—Se me olvidaba, Excelencia. No moleste a ese par de jóvenes y poco activos pintores. Yo soy muy difícil de matar y a usted le costaría gran trabajo conseguir otros dos asesinos... o agentes secretos, si lo prefiere así, tan eficaces como ellos.

La cara que puso el embajador fue de lo más expresivo. Y literalmente expresaba sus pensamientos. Como buen musulmán, a pesar de toda su educación europea y materialista le quedaba un fuerte rescoldo ancestral de supersticiones. Ahora iba, sin duda, a informarse mucho mejor acerca de su insolente y desdeñoso visitante. Cuando lo hiciera, probablemente seguiría el consejo de Sylvan Star...

Pero este ya estaba pensando en otra cosa, mejor dicho, en otra persona. O en varias. Y todas ellas le daban muy mucho que pensar.

No por eso descuidaba la guardia. No, por constarle que estaba metido en un juego de lo más arriesgado para su salud. Aquel maravilloso collar de legendaria fama tenía demasiados aspirantes

a su posesión; y todos eran, al parecer, muy poderosos.

Nadie le molestó mientras salía, llegaba hasta su coche y se metía en él. La noche era tranquila y casi agradable, húmeda, algo fresca. La avenida estaba razonablemente animada, los automóviles pasaban en ambas direcciones.

Sylvan Star conducía con tanta prudencia como habilidad, rumiando sus pensamientos y de lo más alerta. No se había alejado ni tan siquiera medio kilómetro de la Embajada cuando le llegó una vez más el excitante aviso de peligro, aquella especie de nota bordoneante. Volvía a entrar en acción...

De ahí que cuando el automóvil rojo salió disparado contra su lado izquierdo por una calle más bien estrecha y no demasiado alumbrada, que además era de dirección contraria, no le cogiera desprevenido. En el mismo instante en que el vehículo asesino se le vino encima rugiendo a una velocidad absolutamente excesiva en ciudad y violando todas las señales del tránsito, Sylvan Star apretó a fondo el acelerador —había previamente comprobado su buen funcionamiento y el de los frenos—, con lo cual el magnífico coche que manejaba saltó literalmente hacia delante como un bien entrenado *pur sang* que fuera de repente espoleado y, al mismo tiempo, se desvió hacia su derecha con un magistral golpe de volante.

Todo ocurrió en fracciones de segundo y ante las miradas atónitas de docena y media de viandantes y otros tantos conductores de vehículos. El asesino rojo —un «Aston Martin DBS V»— falló el golpe contra la portezuela izquierda delantera, que habría enviado al «Citroën SM» contra los edificios del otro lado de la avenida y a Sylvan Star lo habría convertido en pulpa sanguinolenta. Falló también al coche, aunque esto último apenas por veinte centímetros y, todo hay que decirlo, porque el sin duda magnífico y bien entrenado conductor se dio cuenta a tiempo del primer fallo y de que si golpeaba de cola al otro coche él sufriría tanto o más, sin ninguna garantía de muerte para Sylvan Star.

Sí, todo ocurrió en fracciones de segundo. Dos magníficos y potentísimos automóviles, de esos que encandilan a los muchachos... y a las mujeres, en todas partes, manejados por conductores de excepción, dieron a los incrédulos y muy sobresaltados espectadores del insólito hecho la imagen exacta de

lo que es un atentado espectacular de esos tan bien preparados, y cronometrados, por los «especialistas» del cine de agentes secretos y máxima acción. Porque el asesino rojo, tras fallar su golpe, esquivó por casi milímetros el choque con un buen padre de familia, tecnócrata él, que llevaba, como mandan los cánones, a su joven amante a casa antes de retornar a su hogar con su esposa y sus hijos y que metió el freno tan a fondo, que se encajó el volante contra el tórax mientras su bonita amante se chafaba el lindo rostro contra el cristal delantero, no rompiéndolo de milagro, realizó un viraje escalofriante sobre dos ruedas a una velocidad de acaso ciento treinta por hora y se lanzó en persecución de Sylvan Star, esquivando, sin aminorar la velocidad, los vehículos que a derecha e izquierda semejaban estar quedándose clavados, mientras sus asustados conductores se quedaban momentáneamente sin sangre ni aliento para luego romper a maldecir con esa exuberancia tan francesa...

Sylvan Star no estaba quedándose atrás en lo tocante a exhibir su maestría al volante y su temeridad absoluta. Solo que él iba plenamente concentrado ahora en aquella carrera de locos suicidas por una ancha y no muy concurrida avenida parisiense de la Rive Gauche. Las ondas emitidas por su mente eran como las que emiten los murciélagos, como el radar. En milésimas de segundo le permitían calcular al metro y el centímetro las distancias que lo separaban de aquellos otros vehículos cuyos conductores maniobraban ya a toda prisa para escabullirse de su línea de marcha mientras, por el retrovisor, comprobaba que el asesino rojo se le venía encima... y que además del magnífico conductor iba allí otro tipo que a la sazón estaba terminado de alistar una de esas livianas metralletas tan popularizadas por las películas del género trepidante y agresivo. No solo habíanle preparado una muerte de lo más espectacular utilizando los servicios de un as del volante acrobático, sino que también probaban su deseo de que no escapara añadiendo al tándem un ametrallador sin duda de élite.

Durante exactamente tres minutos y cuarenta y dos segundos, los transeúntes a pie o sobre rueda, los agentes de circulación y cuantos se encontraron por algún motivo en aquel sector del siempre atrayente París, pudieron contemplar algo que difícilmente olvidarían. La persecución de un magnífico coche de marca

nacional por un potentísimo vehículo fabricado al otro lado del canal y ocupado por pistoleros, uno de los cuales hacía fuego por la ventanilla derecha del vehículo en cuanto creía estar en buena posición... y fallaba siempre a causa de los fantásticos golpes de volante del perseguido. Azul el francés, rojo el británico. Aquello, a un historiador podía recordarle Waterloo.

No fue Waterloo. Porque en un momento dado Sylvan Star hizo algo que ningún conductor en sus cabales habría sido capaz de intentar y que, de tan imposible, ni resulta hacedero explicarlo. Pero lo hizo y le salió bien. Tan bien que su perseguidor, con toda su pericia, no pudo imitarlo cuando quiso. A más de ciento treinta por hora, el asesino rojo se encontró, a la salida de una calle estrecha, con otra en T que tenía mojado el pavimento, falló al doblar la esquina, le patinaron las ruedas y, con un ruido escalofriante, se fue a estrellar como un proyectil contra la fachada de piedra de un edificio bastante antiguo, produciendo tal estrépito que en unos instantes abriéronse ventanas y balcones de todos los edificios cercanos, rebotando por la misma violencia del golpe y volviendo de nuevo a la calzada, que atravesó de modo casi imposible para terminar chocando contra una furgoneta pacíficamente estacionada a corta distancia de la esquina. El magnífico automóvil, orgullo de la industria automovilística inglesa, quedó volcado, medio empotrado en la furgoneta, convertido en un montón de chatarra roja. Y nadie intentó salir de él cuando estalló su depósito de gasolina.

CAPÍTULO IX

PARA entonces, Sylvan Star ya se encontraba lejos.

Tras hacerse el «quite de la muerte» con tanta y tan asombrosa pericia siguió calle adelante a igual velocidad; pero apenas oyó el gran ruido del choque a su espalda separó el pie del acelerador y aminoró la marcha cuidadosamente. Al doblar la siguiente esquina iba solo a ciento por hora y cuando salió a un amplio y concurrido bulevar a cincuenta escasos. De hecho, nadie se dio cuenta de que acababa de salvarse por los pelos a las mortales consecuencias de un atentado brutal.

Aquella tenía todas las trazas de convertirse en una noche muy agitada. Sylvan Star condujo, ahora con los nervios relajados, sin mayores prisas a su coche y, apenas diez minutos después, lo introdujo en un garaje privado cuyos empleados parecían conocerle bien y considerarlo mejor. Dejándolo allí estacionado, abandonó el garaje no sin antes hacer una breve llamada telefónica, salió a los árboles de la calle y se paró debajo de uno a encender un cigarrillo. No escuchó ninguna señal de peligro y se fue pausadamente, fumando y con las manos en los bolsillos de su elegante gabardina gris oscuro, cual un apacible paseante en dirección a la próxima esquina.

Allí debió esperar el tiempo justo para que tres profesionales del amor se le acercaran ofreciéndole sus servicios y dos granujas no menos profesionales decidieran, *in extremis*, no atracarlo aunque tenía todas las apariencias de ser una excelente presa. Como después manifestó agobiado el más agresivo de ellos:

—Maldita sea, tuvo que darme este cólico justo cuando teníamos a un «palomo» tan a mano...

Finalmente, uno de los taxis de París llegó, con la bandera bajada y el «chivato» apagado, a moderada velocidad yendo a

detenerse justo a su lado. Sylvan Star abrió la portezuela trasera, entró, se sentó y dijo suavemente:

—Hola, Chrétien. Vamos a la calle Saint Séver.

La calle de Saint Séver fue, en tiempos, una calle apacible habitada por pañeros y otros traficantes con telas, también por tintoreros, sastres... Luego desaparecieron de allí tan honorables menestrales y les sucedieron sólidos burgueses propietarios de fábricas y *ateliers*. Más tarde también estos fueron emigrando hacia otros lugares más de su agrado —del de sus mujeres— y la calle sufrió una lenta, pero apreciable remoción fisiognómica-social. A la sazón, uno podía encontrar, en aquella antaño apacible calle, todo lo que el más clásico París puede ofrecer a sus visitantes ansiosos de aventura. Entre *meublés*, garitos, tabernas, *music-halls*, un cine de sesión continua dedicado a exhibición exclusiva de películas eróticas, cafés y otros lugares por el estilo, movíase una fauna humana tan interesante como caleidoscópica, sí que también, bastante peligrosa para el ciudadano medio, corriente, espeso y esclavo de horarios fijos. Andar solo de noche por allí era algo así como antaño meterse en la jungla de Nueva Guinea.

Sylvan Star se movió por allí como pez por el agua incontaminada de uno de los bellos ríos de antaño. Incluso saludó a varios de los habituales del barrio, hembras de placer incluidas. Luego, entró en una de las antaño honorables y apacibles casas de la calle, subió por una escalera nada limpia hasta el piso tercero, justo encima de un *meublé* eternamente visitado y enfrente del domicilio de una echadora de cartas siempre con clientela, abrió una de aquellas puertas que sugerían la entrada a antros repletos de todos los vicios, cerró, encendió la luz...

Y se encontró en un pisito casi burgués, cómodo, sencillo absolutamente en todos sus aspectos, realmente insólito en tal vecindario. Allí no había nada no ya pecaminoso, sino ni tan siquiera excitante. Al fondo sonó una voz femenina preguntando y al poco una mujer de mediana edad, estatura y aspecto, apareció sonriendo de modo cordial y respetuoso a la vez.

—*Bonsoir, monsieur* Roland. ¿Viene a acostarse?

—Buenas noches, señora Derval —le contestó afectuoso Sylvan Star—. No, solo a cambiarme de ropa. ¿Qué tal está Josette?

—Estudia. Esta noche no tiene sueño y yo tampoco. Hay mucho

alboroto por la calle.

Mientras hablaban, Sylvan Star pasó delante y entró en una salita de estar que no se diferenciaba en nada de cualquiera de cualquier casa de gente modesta en cualquier parte del gran París, siempre y cuando solo mujeres la habitaran. Allí se encontraba una joven de unos veinte años, ni guapa ni fea, delgada, de bonitos cabellos y grandes ojos claros. Una muchacha ciega cuya sonrisa era encantadora al volverse hacia el recién llegado, que se le acercó y le cogió la cara para darle un beso largo y cariñoso junto a la boca, mirándola después con una fijeza que ella no podía ver, pero sí sentir, igual que un bálsamo fortalecedor.

—¿Cómo va eso, Josette?

—Bien, *monsieur* Roland. Todo va muy bien. ¿Y usted?

—Como siempre.

—¿Se... va a quedar con nosotras esta noche?

—Me temo que no. Pero más tarde sí que vendré, casi seguro. Ahora voy a cambiarme de ropa, tengo que realizar una visita.

Sylvan Star, como todos los de su casta, hacía cosas poco comunes. Por ejemplo, recoger del mismísimo arroyo, de una de las peores *bidonvilles* de la *banlieue*, a una muchacha ciega de nacimiento y a su madre, una portuguesa casi analfabeta cuyo marido había muerto en accidente de trabajo a poco de traérsela a París y que, para sacar adelante a su hija, se tuvo que dedicar a los más bajos menesteres posibles, en todos los sentidos. Aun así, la jovencita estaba tuberculosa avanzada el día que tendió su mano tímida delante de un desconocido, solicitándole una limosna. Sylvan Star era aquel desconocido, se paró, la miró, le hizo unas preguntas...

Ahora Josette estaba curada de su terrible mal, oficialmente casi erradicado en las naciones más avanzadas, y no necesitaba pedir limosna a nadie. Ella y su madre habitaban esta vivienda pequeña y confortable en una calle ciertamente mal afamada, pero no poblada por gente peor que las *bidonvilles*, a fin de cuentas, y recibían una cantidad suficiente para subvenir a sus necesidades por simplemente ocupar la vivienda y mantenerla limpia, cuidada. La muchacha estudiaba en un colegio para ciegos, ella y su madre vivían una vida como nunca imaginaron que podrían y eran, ambas, felices.

Felices por el oscuro presentimiento, tan apto para sensibilidades femeninas, de estar siendo protegidas por un buen genio poderoso y misterioso. Sobre todo, la muchacha ciega tenía tal seguridad, la tuvo desde la primera vez que sintió penetrarle a través de sus ojos ciegos aquella especie de claridad benéfica y oyó la voz de *monsieur* Roland, tan grata y tan sedante... Él la había curado, y no los específicos que le recetaron médicos importantes, ni la comida y la vivienda sanas. Él las protegía, a ella y a su madre. Él, de quien nada sabían, salvo que Dios, sin duda, se lo envió.

Aunque, como creían ambas y también la vecindad, *monsieur* Roland fuera uno de esos delincuentes de alta categoría que tan enquistados están en la historia aventurera y romántica de París. Tal vez lo fuera, tal vez no. Una cosa era cierta para todo el mundo por allí, el tal *monsieur* Roland era «alguien» y no convenía estar a malas con él, ni jugarle malas pasadas. Se murmuraba de dos o tres casos concretos que incluso a los más duros asiduos de la calle de Saint Séver volvía prudentes...

Sylvan Star tenía aquel y otros refugios en París. Le gustaban y le eran necesarios, a veces resultaba fastidioso atravesar toda la ciudad para ir a descansar un rato o le hacía falta desintoxicarse del «gran mundo» tomándose unos blancos con trotacalles, rateros, artistas bohemios y gentes así. Sin contar cuando, como ahora, había que cambiar de identidad.

Había una habitación al fondo de la vivienda. No tenía en apariencia nada de particular, excepción hecha del gran armario empotrado, de hecho estaba recubierta de material aislante antisonidos, con lo que una vez cerrada la puerta era como entrar en el mundo del silencio total. Eso lo ignoraban la ciega y su madre, que solo entraban para arreglar la habitación después de que él la hubiera ocupado.

El armario contenía hasta dos docenas de trajes distintos, con sus correspondientes prendas complementarias y calzado a ellos adecuado. Tampoco había en ello nada de particular, dos veces en los últimos años la policía registró a conciencia armario, trajes y demás, con la lógica suspicacia de los policías hacia quien, viviendo en tal calle, tenía tal guardarropa. Incluso tomaron las numerosas huellas dactilares del propietario de la habitación para buscarles

paralelos en el nutrido fichero de la Suréte. Como no hallaron nada contra *monsieur* Roland, debieron conformarse con mantenerlo en «cartera» de sospechosos. No podían imaginárselo un notorio *play-boy* con entrada en todo el «gran mundo», notoriamente adinerado, favorito de beldades y dedicado, al parecer, por *hobby* a determinado tipo de investigaciones aventurero-policíacas. Hay cosas que no le caben en el caletre a un vulgar policía.

El Sylvan Star que abandonó aquella habitación veinte minutos después era... y no era, Sylvan Star. Ahora tenía una hermosa cabellera oscura, de hippy del gran mundo, un recortado bigote no menos oscuro y una nariz menos aguileña. Sus ojos eran negros y al sonreír mostraba un escandaloso diente de oro hacia la izquierda del maxilar superior. Vestía un hermoso conjunto de terciopelo negro, camisa tipo caucasiano, azul oscura con apenas un bordado en oro viejo, y suaves zapatos con suela de goma virgen, negros también. En su muñeca derecha rebrillaba una esclava de oro macizo. Así, habría provocado el colapso cardíaco a cualquier madura dama de clase media con un marido gordo, calvo y exento de todo atractivo.

Volviendo a besar a la muchacha ciega, tomó el abrigo de paño azul noche, con cuello y puños de visor; salvaje, que había sacado para completar su atuendo y abandonó aquella vivienda, descendiendo la escalera mientras se ponía el abrigo. Dos tipos que salían entonces del *meublé*, hartos de licor barato y carne alquilada, se quedaron mirándole como quien ve visiones. Luego se le vinieron encima con claras intenciones, confundiéndolo,

Mala suerte la suya. Sylvan Star llevaba cierta prisa, se limitó a mover un poco las manos y, antes de que pudieran comprender lo que les había sucedido, el par de tipos, que no eran alfeñiques ciertamente, halláronse sentados en la escalera, uno con las narices y la boca sangrándole y un diente menos, el otro con la cabeza dándole vueltas tras un seco y eficaz golpe sobre su oreja izquierda. Para cuando pudieron reaccionar ya estaba Sylvan Star en la calle.

El taxi le esperaba donde le dejó. Y tanto las mujeres y hombres que le vieron salir de la casa e ir a él como los visitantes habituales, no acertaron a identificarlo con Sylvan Star ni tuvieron tampoco tiempo de acercársele para comprobarlo.

—¿Has visto? Parecía un príncipe ruso de película...

—Mi abuela me contaba de tipos así... ¿Cuándo habrá llegado y de dónde habrá salido? Porque llevo aquí, sin estrenarme, desde que anocheció...

Sylvan Star estaba ya encendiendo un cigarrillo largo, que metió en una corta boquilla de ébano y oro.

—Nos vamos a la avenida Foch, Chrétien. Ya te indicaré —dijo, y se retrepó en su asiento entrecerrando los ojos mientras fumaba. Estaba pensando en el par de asesinos especializados que trataron de liquidarlo poco antes, en quien pudo enviárselos, en Jacqueline Salan, en el collar de perlas robado, en las hermosas mujeres que odian a su dueño y señor...

Y en cierta legendaria princesa a la que nunca, en su asendereada existencia, tuvo la ocasión de conocer personalmente, pero que sin duda iba a conocer muy pronto.

CAPÍTULO X

AQUEL era uno de los mejores edificios de la avenida Foch. Y a aquella hora, su portal estaba cerrado debidamente. Sin embargo, Sylvan Star no tuvo ninguna dificultad en entrar. Apenas llegó ante él, y cuando se disponía a examinar la cerradura para dar con el modo de abrirla sin despertar sospechas, aquella puerta se abrió por sí sola silenciosamente.

Otro habría respingado y se habría apresurado a adoptar toda clase de precauciones. Sylvan Star dejó que dos haces de finísimas arrugas se abrieran alrededor de sus ojos, esbozó una delicada sonrisa pensativa, y entró.

El vestíbulo estaba solitario y silencioso. El ascensor era excelente y no tenía esas horrendas formas de cajón utilitario, los habitantes del edificio, sin duda, eran europeos de alta alcurnia estética. Subió tan silenciosamente como si no lo empujara un motor y se detuvo en la tercera planta. Entonces Sylvan Star lo abandonó y, respirando lenta, profundamente, miró hacia el fondo, a su izquierda.

Vio un solitario y suntuoso pasillo flanqueado por paredes de mármoles, con techo artesonado y una gruesa alfombra color sangre de buey cubriendo todo el centro del piso. Había un par de consolas y sobre ellas jarrones con flores aún frescas, también unas pinturas bastante buenas. Casi parecía el pasillo interior de una casa rica.

Al fondo había una hermosa y sobria puerta de roble tallado y bruñido, con incrustaciones de bronce. Aquella casa solo tenía dos viviendas por planta y cincuenta metros de fachada, eso lo dice todo.

Sylvan Star avanzó despacio hacia aquella puerta. Estaba llegando a ella cuando se abrió, con tanto silencio como la de la

calle, solo que ahora un impecable mayordomo estaba en el vano. Un mayordomo chino.

Aquel hombre le saludó ceremoniosamente en correcto francés. Sin inmutarse, Sylvan Star avanzó al interior, se detuvo, descalzándose los guantes, se desabrochó el detonante y elegante abrigo y dejó que el mayordomo se lo quitara, colgándolo en el grande y suntuoso perchero.

—Soy Sylvan Star. Deseo ver a la princesa Liao.

—Su Alteza le espera, señor Star. Tenga la bondad de seguirme.

Aquel no era un chino de comedia barata, respiraba dignidad por todos los poros. Además, era mitad mayordomo mitad guerrero.

Aquella casa no era como las demás, oh, no... Para describirla sería necesario todo un libro, ya que únicamente el par de grandes jarrones celestes, Ming de la segunda época, del vestíbulo ya merecían al menos un par de páginas apretadas; y había innumerables maravillas de arte, tanto oriental como occidental, sin duda por todas las habitaciones nobles. Tan solo alguien para quien el dinero careciese de valor e importancia, que además poseyera un refinadísimo gusto estético, podía haber sido capaz de tan perfecto sincretismo de culturas en tan relativamente escaso espacio físico y sin dar en absoluto la imagen de colección o museo.

El silencio era total, el aire estaba levemente impregnado de un característico perfume de lo más agradable, estimulante. En realidad, el silencio era una música lejana de instrumentos orientales enhebrados por la magia de un violín maestro, algo que penetraba por todos los poros del espíritu y lo relajaba por completo. Uno sentía aprisa la inefable sensación de estar a la vez dormido y despierto, flotando en un aire negro-azulado sin el menor esfuerzo.

El mayordomo abrió una de aquellas magníficas puertas y anunció, en perfecto cantones, al visitante. Luego se hizo a un lado, impenetrable y ceremonioso.

Sylvan Star estaba preparado para aquella entrevista, pero a pesar de todo, sintióse instantánea y profundamente impresionado ante la mujer que lo esperaba de pie junto a una mesa que era, toda ella, una joya, una maravillosa obra de arte. Una pantera negra, otra magnífica obra de arte de la naturaleza, totalmente viva, del todo salvaje y, a la vez, sin duda domada, permanecía a su vera

contemplando fieramente al intruso con sus ojos de ópalo. Sin embargo, no podía nadie tener ojos, pensamientos, atención, sino para la mujer.

Hay bellezas y bellezas. Las hay para todos los gustos. Y después está la Belleza. En otro plano, muy por encima. La Belleza puede ser un crepúsculo, un velero con todo el trapo al viento hendiendo una mar agitada, un caballo salvaje, un garañón desafiando a un rival a la pelea por el rebaño de las yeguas. Puede ser una pintura, una escultura, una pieza musical...

Una mujer.

Cuando es una mujer, es una y única, no tiene posibles parangones ni hay otro modo de acercarse a ella que religiosamente, igual que el creyente sincero a su Dios. Tampoco se la puede describir con palabras, todos los idiomas del mundo son demasiado pobres. Tan solo el silencio, o cierta música...

Así era la mujer que ahora tenía delante Sylvan Star.

—Buenas noches, señor Star. Bien venido a mi casa. Pero no necesitaba disfrazarse.

Aquella voz era música. Igual que determinado tipo de música, así como la canción del agua honda en un tórrido día de verano, embargaba los sentidos y el espíritu. El francés era perfecto, pero Sylvan Star contestó en bastante correcto cantonés, mientras avanzaba despacio:

—Ningún mortal puede mirar a la Belleza sin cegarse, Alteza. Tomé mis precauciones y aún resultaron vanas.

—Usted no es un mortal como los otros.

Sylvan Star tomó aquella mano de porcelana y seda pura, pero a la vez llena de vida, se inclinó y la rozó apenas con los labios. Sintió perfectamente el embrujo total de la mujer dentro de sí; tanto lo sintió que sus propios poderes estaban ahora como un radar interferido. Y eso no le había ocurrido jamás con ninguna mujer. Soltando aquella mano dio un paso atrás y, despacio, se despojó de la peluca, las lentillas especiales y los pegotes plásticos acoplados a su nariz, quitándose también el bigote. Así, quedó quien era.

La princesa no se había movido mientras, ni le quitaba ojo. Era la belleza perfecta y era, también, la realeza... Ante una mujer así, cualquier hombre, incluso un Sylvan Star, solo podía hacer una

cosa, hincar la rodilla.

—Así está mucho mejor. ¿Quiere sentarse?

Le indicó con un gesto leve uno de los grandes y magníficos sillones tapizados con delicadas telas orientales y ella misma fue a ocupar el que tenía enfrente. Vestía una ropa que solo ella podía atreverse a llevar, las ropas de una princesa china. Sin embargo, su peinado era occidental, la abundosa cabellera de oro le caía en cascada sobre los hombros, sus ojos —¿azules, violetas, negros?— no se apartaban de Sylvan Star, que sentía el influjo de su aura como un embrujo dentro de su sangre, aunque ya iba recuperando la serenidad mental.

Ella hizo otro de sus leves ademanes. Dos sirvientes, chinos también, impasibles, silenciosos, eficientes, perfectos, aparecieron trayendo un exquisito servicio de porcelana. Té chino servido al modo más tradicional, también licores de fórmulas ancestrales en recipientes que eran, ellos solos, joyas. El mayordomo les sirvió. La pantera estaba ahora acurrucada a los pies de su señora, siempre mirando a Sylvan Star con sus ojos salvajes.

Volvieron a quedarse solos. Ella había aceptado el cantonés para la conversación.

—Ignoraba que conociera mi lengua. La habla muy bien.

—Solo soy un modesto aprendiz. Pero usted, Alteza, me hace sentirme como el más torpe de los idiotas.

Ella esbozó una delicada sonrisa. Sus movimientos, sus palabras, eran impecables, ningún hombre podría escapar a su seducción, pero de un modo menos sensual que espiritual.

—No puede leer mis pensamientos, claro.

—No, no puedo. Sin embargo, usted no posee poderes mentales superiores a los míos, aunque sí su cerebro se ha desarrollado mucho más de lo que es habitual en las mujeres. Me sería imposible magnetizarla, dominarla; en cambio, usted me ha esclavizado de manera instantánea.

—No le agrada...

—Me abruma. Es la primera mujer ante quien me siento pequeño y débil. La primera desde que dejé de ser niño.

La princesa no sonreía. Tomó un leve sorbo del té. Cuanto hacía era la misma perfección.

—Ha venido para hacerme preguntas, Sylvan Star. Y también para otras cosas, por otras razones. Puede comenzar cuando y como guste.

—¿Es cierto lo que me dijo el barón Mansart?

La vio estremecerse ligeramente. También corrió una ráfaga por sus pupilas, la clase de ráfaga que solo los ojos de una reina podrían delatar. Luego, dijo, despacio:

—Ningún hombre se habría atrevido a preguntarme eso...

—Usted lo dijo, no soy como los otros.

—No, no lo es. Conozco su fama y su vida, señor Star. Bastante bien.

—Me alegro. ¿No piensa contestar a mi pregunta?

—¿Por qué comenzó por esa?

—Es la más importante para mí.

Ahora la princesa parpadeó ligeramente. Sin embargo, no desvió la mirada. Acaso, bajo el riquísimo traje, su hermoso busto se agitó un poco... y hubo algo de color en sus mejillas.

—El barón Mansart tenía en su poder algo de suma importancia para mí. No aceptó sino un precio.

—Y usted ofreció pagárselo.

—Sí, si me entregaba el collar de mis antepasados el día catorce de este mes.

—A las doce del mediodía. ¿Por qué justo ese día y a esa hora?

—Es la efemérides del momento en que una de mis antepasadas recibió por primera vez, como regalo de bodas, ese collar recién terminado.

—Ah... ¿Quiere decir que Mansart... y usted...?

—¿Creyó acaso que me entregaría de otra forma, señor Star?

La reina había hablado. Sylvan Star tragó saliva y dobló la cerviz.

—Mil veces perdón por mi insolente torpeza. Merezco cualquier clase de castigo. Pero es que, hasta hoy, solo he tratado con mujeres vulgares.

Por alguna razón que no pudo captar, ella decidió devolverle su gracia.

—El collar de las Nueve Venturas, como nosotros lo conocemos, perteneció a los Liao desde hace setecientos años, señor Star.

Aquella de mis antepasadas a quien su esposo se lo regaló fue emperatriz de China, esposa predilecta del Hijo del Sol y madre de uno de los más grandes soberanos de nuestra patria.

—Pero usted es solo medio china, ¿verdad?

—Mi madre es inglesa. Mi abuela paterna era rusa. Los primogénitos de los Liao no se han casado jamás con una mujer de su estirpe. Supongo que conoce el motivo.

—Leí en alguna parte, o tal vez se lo oí a alguien, que existe una leyenda...

—No es una leyenda. Los Liao descendemos, por línea ininterrumpida de varones, pero por transmisión hereditaria de mujer, de uno de los príncipes, Chou, contemporáneo de la guerra de Troya. La más antigua aristocracia europea son solo advenedizos de advenedizos comparados con nosotros. En nuestro país eso se sabe por quién debe saberlo, como se sabe que China será grande y poderosa mientras existan los Liao. No son leyendas, créame, señor Star. Usted debería saber cuán a menudo en este mundo los secretos más importantes, los hechos más trascendentales, se revisten con el ropaje del mito y la leyenda.

—Lo sé, en efecto. Perdóneme de nuevo.

—Habrá Liao mientras los primogénitos de la familia desposen a una que nunca, ni de lejos, lleve su sangre. Pero el primogénito de los Liao no es nunca el hijo varón del cabeza de la familia, sino el primogénito varón de su hermana de mayor edad, ¿comprende?

—Perfectamente.

—Yo tengo dos hermanos varones. Ambos están casados y tienen hijos, bastantes. Sin embargo, ninguno de ellos será en su día cabeza de la familia. Le toca ese privilegio a mi primogénito.

—Y por eso Mansart desea desposarla...

—Así es. Ha luchado durante muchos años para conseguir el collar de las Nueve Venturas porque conoce perfectamente su valor simbólico. Occidente es Occidente, pero Oriente es Oriente. Hay en nuestro inmenso país misterios, leyendas, enigmas, mitos, que los occidentales ni entienden ni valoran. Occidente es, usted lo sabe, materialista, solo se interesa por valores inmediatos, concretos, pequeños y vulgares. Oriente es misticismo, esoterismo, profundidad espiritual... Allí se cree con firmeza, incluso por los actuales gobernantes, que mientras existan los Liao, China será

grande y poderosa, que cuando el collar de las Nueve Venturas vuelva a su debido lugar, la garganta de una princesa Liao virgen e hija mayor del jefe de su casa, China será de nuevo el más poderoso imperio de la Tierra.

—Y el barón Mansart desea ser padre de un emperador....

—Me desea a mí como culminación de su carrera, como símbolo del máximo poder real. Quiere engendrar en mí un hijo que no solo continúe nuestra estirpe, sino que a él le permita sentarse entre los futuros dueños del mundo. El barón Mansart es pura ambición desenfrenada de poder, señor Star.

—Eso lo sé.

—Odio a ese hombre. Es viejo, insolente y despiadado. Él cree que le temo más aún que le odio y a su vez me teme también, porque ha descubierto que me protege un poder tan grande como el suyo.

—Quien ha logrado sacar el collar de su caja fuerte sin dejar apenas rastro...

—Así es. Creemos que usted ha dado con la pista de lo sucedido, por eso le estábamos esperando. Conocemos los dos intentos de matarle que han realizado los hombres enviados para evitar que llegue a apoderarse del collar y devolvérselo a Mansart...

—¿No son ustedes?

—No. Nosotros no descendemos a métodos tan brutales y burdos, mucho menos sabiendo, como sabemos, que usted tiene poderes especiales. Por desgracia Mansart no es el único que anhela mucho poder. En nuestro propio país existen hombres muy ambiciosos, muy poderosos, que intentan conseguir el collar para venir a ponerlo en mi cuello y exigirme, a cambio, que les despose. No creen demasiado en los mitos, las leyendas, como les llaman también; pero conocen su fuerza espiritual y, en el fondo, temen equivocarse desechándolas. El ansia de poder, señor Star, es el peor de los venenos para algunas mentes humanas.

—No para la mía. ¿Puedo hacerle dos últimas preguntas, Alteza?

—Hágalas.

—¿Tiene ya el collar en su poder?

—No. La persona encargada de robarlo fue a ocultarlo donde se

le dijo. Pero por una desdichada casualidad, alguien del todo ajeno a este asunto, un ladronzuelo vulgar, un «rata» de hotel, acertó a meterse en la *suite* que ocupaban las personas que habían sacado del *chutean* de Mansart el collar en su equipaje sin saberlo...

—...Y por pura casualidad descubrió entre el forro y la piel de un costoso abrigo, que iba a robarse nada menos que el más impresionante botín que nunca pudo imaginar le cayera en las manos. Tonto de mí, el caso es que me rondó insistentemente la idea, pero la deseché porque resultaba demasiado cogida por los pelos, cuando precisamente lo explica todo.

—No sabemos quién lo ha hecho, pero tememos que tratará de deshacerse del collar cuanto antes. Sin duda, entiende de perlas lo bastante para comprender que nunca conseguirá vender el collar entero. Y si lo rompe, dispersando esas perlas, si tan solo una de ellas se pierde, se habrá roto la virtud del collar.

—Entendido. Usted desea que lo busque y lo encuentre, pero no se lo devuelva a Mansart.

—Así es. Ponga su precio y se le pagará.

Sylvan Star pareció reflexionar unos instantes, mirándola a los ojos. La princesa le sostuvo serena la mirada, pero parecía ligeramente tensa. Al cabo, él dijo con suavidad:

—Si consigo recuperar el collar, Alteza, cuando lo ponga en sus manos, tal vez me atreva a pedir esa recompensa.

Ella alentó despacio y a sus mejillas subió un leve color. Pero no apareció la cólera en sus ojos, sino otra cosa. Luego dijo:

—Quería hacer dos preguntas. ¿Cuál es la otra?

Con leve sonrisa, Sylvan Star repuso:

—Ya está contestada. Desde hace un par de minutos noto que en esta, casa hay una tremenda concentración de poder. Mucho mayor que el mío.

Entonces ella también sonrió. Y levantándose, movimiento que imitó la pantera, avanzó hacia una de las puertas, que daban a aquella incomparable habitación, invitándole:

—Venga conmigo, Sylvan Star.

Intrigado y superexcitado, la obedeció. La princesa abrió aquella puerta y entró dos pasos, dejándole libre el suyo, luego se detuvo. Sylvan Star vio una habitación totalmente redonda, totalmente

desnuda de muebles y otros objetos, a excepción de una magnífica alfombra azul. Paredes, techo y suelo eran de placas de jade tan perfectamente ensambladas que no podían distinguirse las juntas. Y sentado en mitad de la alfombra había un chino de edad indefinible, vestido con una sencilla túnica blanca y calzado con no menos sencilla sandalias de papel. Era un hombre alto, de esqueleto fuerte, y salvo el rasgado de los ojos, la altura de los pómulos, nada indicaba su raza, porque su piel era ligeramente tostada, como papel de arroz. Pero tenía dos ojos como ascuas, llenos de juvenil vitalidad, y una sonrisa bondadosa.

—Bien venido a la casa de mi bisnieta, Sylvan Star —dijo, en cantonés—. Es usted el hombre que esperábamos.

CAPÍTULO XI

ERA ya madrugada cuando Sylvan Star se dispuso a abandonar el domicilio de la princesa Liao. Alta madrugada, cercana el alba ya.

El hecho tenía toda clase de convincentes explicaciones. Cuando uno se encuentra a la vez con dos seres de absoluta excepción no suele tener ninguna prisa por abandonar su compañía. Aparte de que tenían mucho de que tratar.

Y ahora estaba lloviznando ligeramente en la desapacible, silente madrugada. Pero tal pequeñez no le importó a Sylvan Star.

A decir verdad, aquellos que estaban vigilando estrechamente el edificio no le vieron salir. Eran profesionales de calidad, hombres eficientes y muy bien entrenados... pero tan solo eso, agentes de esos que se conocen por «secretos», seres humanos a la postre vulgares.

Dentro de aquella casa se encontraban dos cerebros absolutamente de excepción, uno de ellos tan superior al de los más privilegiados hombres normales del civilizado y tecnificado Occidente como pudiera estarlo el de un científico puntero actual del de un embrutecido esclavo del Neolítico.

—La casa está siempre vigilada, porque mi nieta es muy importante para muchos. Esta noche, además, hay tres personas sumamente interesadas en saber quién la visita y ya tomaron nota de su llegada los agentes de todas ellas, sin duda, porque han cubierto las posibles salidas lógicas del edificio. Usted ha demostrado su valía a la saciedad y necesitan conocer hasta dónde ha llegado, de quién es ahora el aliado. De modo que saldrá por donde no se lo imaginan.

Por debajo de la piel de la ciudad. Cualquiera sabe que las ciudades modernas se asientan sobre suelos totalmente

agujereados, surcados por un entrecruzamiento de pasadizos subterráneos. Pero a nadie, incluidos los agentes secretos, policías y demás, suele ocurrírsele pensar que los ciudadanos particulares tengan vías privadas de acceso a tales laberintos inferiores. Esto sucede porque casi todo el mundo piensa en «su» ciudad, en «la ciudad», como un habitáculo de superficie, repleto —de edificios, automóviles, ruidos, gente desagradable y molestísima, humos nocivos... El subsuelo es dominio de las ratas y las ratas desagradan instintivamente a casi todos. Por el subsuelo se escurren las deyecciones ciudadanas y las deyecciones huelen mal, molesta incluso pensar en ellas. Los orificios subterráneos están normalmente considerados en el nivel más inferior de la escala social, referidos, naturalmente, a los urbanos. A las catacumbas solo han bajado los perseguidos y hasta tanto pasó la persecución. La humanidad nació y se desarrolló a la luz solar y el viento, y la lluvia...

Por eso Sylvan Star no tuvo la menor dificultad en trasladarse desde el maravilloso domicilio de la princesa Liao hasta el subsótano de la hermosa casa de la avenida Foch y, a través de una magistralmente disimulada puertecilla, a un pasadizo subterráneo que le dejó justo en plenas catacumbas de París, ese lugar entre siniestro y fascinante que muy pocos conocen en su totalidad, aunque en muchas ocasiones haya servido para refugio de perseguidos y acosados, rebeldes y combatientes clandestinos. Desde luego, con su espléndido uniforme de *play-boy* de lujo presentaba un curioso contraste con el decorado de alcantarillas, muros seculares, grandes ratas y profundos agujeros de ignoto destino.

En dos ocasiones esquivó con facilidad a sendos grupos de laboriosos y rutinarios empleados del alcantarillado, o cualquiera de los llamados servicios públicos, que andaban de revisión de ellos sabrían qué. En otra ocasión, un bigardo que parecía sacado de una página de Zola o de Balzac abrió ojos tamaños ante el increíble fantasma que se materializaba ante él y, cuando pudo salir de su asombro, empalmó una navaja de respetables dimensiones decidido a salir de apuros económicos por una temporada. El estupendo tipo aquel se llevó un chasco gordo cuando, al saltar sobre su presunta víctima desde el agujero de un viejo y olvidado canal de desagüe

algo más alto que el moderno seguido por Sylvan Star, con su navaja lista para seccionarle la yugular al primer tajo, se vio atrapado en el aire por aquel asombroso fantasma que «no podía saber» que existía aquel viejo canal, ni cómo él, el atacante, conocía el medio de llegar a él arrastrándose como un lagarto antes que su víctima caminando normalmente por la otra galería, ni que ya estaba allí agazapado... Se vio cazado en pleno salto por dos manos de acero, volteado y lanzado a través de la ancha alcantarilla como si no pesara más que un gato, antes de poder descargar su propio golpe, se atizó un porrazo de órdago contra aquella pared y acabó, medio desvanecido y sin navaja, dentro de la turbia y nauseabunda corriente de la alcantarilla. Un solo trago de tal líquido de dioses le despejó el cerebro lo justo para alzarse a toda prisa, escupiendo y haciendo bascas, quedarse sentado con líquido de aquel a la altura del pecho y ver desaparecer entre las sombras al terrible y asombroso personaje...

Sylvan Star no dio al incidente más importancia de la que tenía. Y como un cuarto de hora después emergió de nuevo a la superficie echando a un lado una trampilla del alcantarillado. Se encontraba exactamente en uno de los muelles del Sena y a no mucha distancia de unos *clochards* que dormían de modo apacible su eterna borrachera de peleón. Salió y se alejó de allí como un fantasma entre la niebla, haciendo enarcar el lomo a un gato vagabundo.

Poco después detenía a un taxista noctámbulo y le ordenaba conducirlo a la avenida Foch. Así pudo comprobar, complacido, cómo en sendas esquinas se encontraban, conveniente y discretamente ubicados, los hombres que tenían órdenes concretas de apoderarse de su persona, unos, y de eliminarle del mundo de los vivos, otros, apenas abandonara el domicilio de la princesa y se hiciera visible en la calle.

Se iniciaba el alba, fría y gris, cuando Sylvan Star retornó a la calle de Saint Séver. A la sazón había decaído totalmente el bullicio por allí, apenas si tres o cuatro desechos humanos le vieron introducirse, entre llovizna y neblina del Sena, en el edificio, que por otra parte tenía ese silencio hondo de las casas en que duermen todos sus habitantes.

Dormían la ciega y su madre en sus respectivas habitaciones. Sylvan Star se fue a la suya, entró, se desvistió, dióse una ducha y

una vigorosa friega con colonia y luego se tendió como el mismísimo Adán sobre la cama. Llevaba a la sazón cuarenta horas sin dormir, los hombres de cerebro y facultades mentales excepcionalmente desarrollados también necesitan el sueño reparador. Así que se durmió.

Sylvan Star dormía, indefectiblemente, cinco horas. Un sueño total, perfecto, concentrado. Luego se levantaba tan fresco como una lechuga. No practicaba ninguna clase de gimnasia, ni seguía ninguno de esos consejos tan prodigados por la televisión a los mortales que quieran ser buenos deportistas. Practicaba muchos deportes y siempre con maestría, sin darles mayor importancia, o sea, la exacta que tienen, cuando le sobraba algo de tiempo o lo requería la situación. Su gimnasia era totalmente mental, su cerebro era el que estaba siempre en estado de entrenamiento intensivo.

Eran, pues, las once y media de la mañana cuando apareció ante la ciega y su madre, rasurado, oliendo a loción viril y cara, vestido como un correcto hombre de negocios debe estarlo y con la gabardina al brazo. Dioles los buenos días, un poco de charla cariñosa, escuchó sus pequeños problemas, dejóles unos billetes de Banco y la certeza de que aquella noche había, sin duda, realizado alguno de sus «negocios» de los que ellas nada querían saber, aceptó una taza grande de café negro muy cargado y dos tostadas bien embadurnadas de mantequilla, hizo un par de chistes ligeros y se marchó.

Al mediodía, la calle de Saint Séver era, tal vez, el lugar más tranquilo de París. Los pocos de sus habituales que le vieron pasar se limitaron a mirarle con envidia y comentar que aquel sí era un «tipo listo», sin saber a ciencia cierta lo que querían afirmar con ello. Un poco más lejos, un taxi vacío le recogió y lo depositó a corta distancia del garaje donde tenía otro de sus automóviles. Mientras, había adquirido un periódico y pudo enterarse con bastante pintoresquismo de detalles del insólito suceso de la noche anterior, venido bajo una hermosa fotografía «de choque» y un encabezado a tres columnas:

«Como en una película de James Bond.»

El relato era de lo más truculento e imaginativo, pero traslucía que el periodista no pudo averiguar ni la mitad de lo que hubiera

querido saber. Al parecer, el automóvil rojo pertenecía a un pacífico caballero inglés, apasionado de los vehículos potentes, y le había sido robado cuarenta y ocho horas antes, exactamente poco después de que el propio Sylvan Star abandonara el *chateau* del barón Mansart. Los ladrones le dieron una mano de pintura extrarrápida, le cambiaron las placas y, detalle extraordinario que el periodista se limitaba a insinuar, le habían «arreglado» el morro soldándole allí una placa de acero de dos centímetros de espesor, algo así como un blindaje de batalla. Un trabajo de verdaderos expertos cumplido a contrarreloj.

Dentro del vehículo hecho cisco tras el tremendo porrazo contra la pared de piedra del viejo edificio —la había agrietado—, halláronse los pedazos de dos individuos. No llevaban, al parecer, nada que pudiera identificarlos. Pero sí una espléndida metralleta de fabricación italiana, un arma de lujo para delincuentes de altos vuelos, provista de un modernísimo silenciador.

Todo lo demás eran virutas y hojarasca. Al parecer, se conocía la matrícula del «Citroën» azul, se sugería un espectacular ajuste de cuentas entre espías, se hablaba de la «guerra» del petróleo, de una misteriosa visita a determinada Embajada... Naderías. Las placas del coche de Sylvan Star, las verdaderas, no eran las que vieron los gendarmes y agentes de servicio ante la Embajada. Y había algunos «Citroën» de aquella serie en circulación. Para cuando la policía acertara a dar con él, ya estaría el asunto terminado.

Aquel otro automóvil era de lo más ortodoxo y discreto. La gente de aquel garaje conocía a Sylvan Star como a un caballero, sin duda, en buena posición y no demasiado amigo de utilizar su coche que, eso sí, exigía le mantuvieran siempre a punto. Como daba excelentes propinas, se lo tenían. Subió, pues, a él y se movió al ritmo de otro medio millón largo de conductores por las vías del centro de la urbe, hasta llegar al lugar que le interesaba. Antes de encontrar un estacionamiento libre tuvo la precaución de darse una vuelta, como cualquier dueño de utilitario en apuros, por el barrio. No captó ninguna señal de peligro ni descubrió nada, o a nadie, sospechoso.

Aquel grueso y rubicundo carnicero jamás sabría por qué condenada razón cuando acababa de llegar y conseguir un sitio para dejar su coche le entró de repente la comezón de irse a dar un

paseo. Pero se marchó, dejándole el sitio libre a Sylvan Star. Y el otro fresco que trató de colársele por detrás, en una maniobra que en toda tierra de automovilistas puede llevar desde el intercambio de insultos gordos hasta el homicidio impremeditado, tampoco podría nunca comprender cómo diantres se le pudo «calar» de repente el motor a media maniobra...

Les Etablissements Regnier disponían de toda una planta de oficinas en un moderno edificio exclusivamente para ellas, en la avenida Kléber; exactamente la sexta planta. Allí trabajaban sesenta y dos personas, la mitad hombres jóvenes y muy apuestos, la otra mitad mujeres de edad indecisa, pero aún de muy buen ver, con la apariencia de amas de casa de clase media, cordiales, activas y simpáticas.

La señora que atendió a Sylvan Star cayó bajo su influencia a los quince segundos de que él la mirase. Y no se tomó siquiera la molestia de avisarle a su jefe la llegada de tan atractivo visitante. Con su mejor sonrisa y un suspiro de lo más revelador púsose en pie, atusóse el cabello, alisó sus faldas y le pidió que la acompañara, abrió cierta puerta muy bien guardada normalmente para los intrusos y anunció, como quien avisa la llegada de los Siete Arcángeles:

—El señor Sylvan Star, señora Regnier.

Madeleine Regnier se encontraba en aquel momento encendiendo un cigarrillo junto al amplio ventanal de su espléndido y funcional, sí también femenino, despacho. Pegó un respingo al verse sorprendida y giró... para encontrarse ante la clara sonrisa desenfadada de Sylvan Star y su mirada avasalladora de resistencias y suspicacias femeniles.

—¡Querida Madeleine! ¡Estás preciosa, adorable, como siempre! Volver a verte es como beberse una botella de champaña viejo.

La dama así saludada, volvió a respirar, abrió la boca, la cerró de nuevo hasta apretarla bastante, puso cara de admirado asombro y, también, una mirada de experta en especímenes masculinos de primera clase, respiró fuerte, aceptó la mano tendida y ordenó a su secretaria con sequedad:

—Que no se nos moleste, señorita Chablan.

Aquella mujer estaba muy en guardia y era una tigresa real, de toda ella se desprendía un aura de sensualidad exacerbada, de

agresividad casi masculina, de vigor animal.

—Así que el famoso y temible Sylvan Star... ha hecho una entrada perfecta y me ha cogido fuera de guardia, pero si espera conseguir algo con eso está listo, gran lobo. No ha nacido el hombre que me domine o pueda hipnotizarme, supongo que se lo habrá advertido ya Mansart.

—El barón Mansart no me dijo nada que yo no conociera de antemano.

—¿Ah, sí?

—Sí. Usted es demasiado notoria para desdeñarla.

La mujer respiró hondo. Y su respuesta fue digna de ella.

—Me gustará comprobar si está de veras a la altura de su fama, Sylvan Star. Cuando y como usted quiera.

—¿Y qué dirá Mansart?

El mohín de ella fue todo un tratado de expresividad.

—¿De veras le importa?

—No. Pero a usted sí debería importarle.

Despacio, ella se acercó a la mesa, tomó un paquete de cigarrillos que había encima y sacó uno. Como acababa de encender otro que tenía allí, quemándose en el cenicero donde lo había dejado al tender su mano al audaz visitante, eso significaba algo. Esperó fuego, que Sylvan Star le dio sin acercársele demasiado, fumó con violencia y dijo, desdeñosa:

—Mansart ha sido una experiencia interesante, pero nada más. Ningún hombre es para mí otra cosa, cuando llega a tanto.

—Debió sorprenderla su vigor, ¿verdad?

—Dicen que está dotado de poderes especiales. Como dicen de usted.

—Y usted trató de comprobarlo.

—Ningún hombre tiene tanto poder que yo no pueda doblegarlo y vencerle, en cualquier terreno. Me complace mucho demostrárselo a ustedes, señor Star.

—No lo dudo. Y que es usted extraordinaria. Aunque mucho menos inteligente de lo que cree ser y, desde luego, mucho menos indomeñable.

Ella se crispó y centellearon sus ojos con caliente agresividad.

—¿De veras...?

—De veras. Por cierto que a Mansart no va a gustarle mucho saber quién le robó el collar de perlas de su inexpugnable caja de caudales.

—¡Usted está loco! ¿Que yo robé ese collar? ¿Por quién me ha tomado? Perlas... Solo me gustan los diamantes y eso lo sabe todo el mundo, cuando quiero algo lo tomo, pero dando la cara.

—La otra noche no la dio. Esperó a que Mansart se durmiera y entonces lo narcotizó, bajando a la biblioteca, abriendo la caja de caudales y robando el collar. Luego lo fue a ocultar en el forro del abrigo de pieles de la oronda y anodina esposa del exjefe de Gobierno extranjero. Era la última persona, y el último lugar, donde recaerían las sospechas al descubrirse el robo.

Ahora la mujer estaba mirándole muy fijo, como dándose cuenta de que iba de veras. Y aquella tigresa agresiva comenzaba a sentir un recelo muy semejante a miedo. Si es que ella podía sentir miedo.

—Una preciosa historia —se burló—. ¿Por qué no me dice cómo pude arreglármelas para que Mansart me revelara los secretos de su caja fuerte y qué razones me empujaron a llevarme tan solo un collar de perlas, que no me gustan...?

Se había lanzado al sarcasmo de modo vehemente, femenino, y se detuvo en seco mientras palidecía ligeramente. Sylvan Star sabía por qué. Contraatacó veloz.

—... ¿Cuando en esa caja fuerte había documentos que la habrían convertido en dueña y señora de Mansart? —le completó la frase suavemente—. Es muy sencillo. Porque, ya se lo he dicho, no es ni tan fuerte ni tan inteligente como gusta de probar a los demás... y a sí misma, incluso.

Ahora estaban llenas de violencia salvaje las hermosas pupilas de la mujer. De ira caliente, de humillación, de miedo también, la clase de miedo que una como ella podía sentir, su mente.

—¡Explíquese! —exigió, la voz enronquecida.

—Con mucho gusto. La otra noche, amiga mía, usted creía estar yendo de caza. Caza mayor, pero por su gusto y su placer. La verdad es que iba haciendo el poco independiente papel del perro de ojeo y duéleme aplicarle un símil tan ingrato como adecuado a su actuación. Alguien, en quien ni siquiera está pensando ahora, aunque trata de adivinar quién fue desesperadamente alguien

mucho más fuerte, astuto y poderoso mentalmente que usted, la hipnotizó, la sugestionó, domino su subconsciente y grabó en él una orden concreta e imperiosa que usted no podía desobedecer por la sencilla razón de que ignoraba estar siendo magnetizada. Siguiendo unas órdenes al pie de la letra, usted sintió de pronto el deseo de realizar una nueva experiencia erótico-dominadora, precisamente con un «rey» de las finanzas que tenía cierta fama de brujo moderno, de hombre dotado de poderes parapsicológicos muy grandes y efectivos, parte de los cuales usaba para atraer, dominar y señorear a las mujeres más o menos como usted hace con los hombres.

Aunque hizo una pausa, la señora Regnier no habló. Tenía ahora la expresión, la actitud, de quien inesperadamente se está enfrentando con algo demasiado odioso para poderlo soportar. Sylvan Star prosiguió, pues:

—En definitiva usted no tenía por qué recelar de tal impulso, pues está ya harta de probarse su dominio sobre todos los hombres digamos vulgares. Un tipo como Mansart por fuerza debía sobreexcitarla, era un desafío intolerable para su alma de amazona. Fue derecha, como acostumbra, al combate y halló a un rival de su talla. También él, que contra lo habitual no pudo penetrar en su mente y esclavizarla, puesto que usted no solo iba bien prevenida de modo consciente, y por sí misma posee capacidad refractaria bastante para hacerle fallar sus intentos a uno de nosotros, sino que subconscientemente estaba protegida, digamos, por el poder mucho mayor de quien la envió a realizar esa tarea. Debió ser una pugna de voluntades muy poco común, lamento de veras no haber estado presente...

Tampoco ella le contestó ahora. Sylvan Star no lo esperaba.

—Bien, el duelo tuvo lugar en el *chateau* y no me caben dudas de que debió ser apasionante en todos los sentidos. Pero mientras Mansart quedaba agotado, fuera de guardia por no haber podido leer en su cerebro y descubrir qué móvil la impulsaba realmente, usted, de modo subconsciente, se mantenía alerta. Y cuando Mansart se durmió usted durmióse también, pero entonces su subconsciente despertó.

—¿Quiere decir que he sido una especie de médium...?

—Es la palabra más adecuada, sí. Su cerebro sirvió de

transmisor para una potencia mental muchísimo más poderosa que la suya, la cual penetró fácilmente en Mansart y, utilizando un símil concreto, gráfico, abrió la caja de caudales de su cerebro, tomó la clave de la otra, la leyó, averiguó también cómo había que actuar para realizar la tarea sin fallo y luego ordenó a usted levantarse y actuar. Usted actuó como en estado de trance, hipnotizada. Descendió a la biblioteca, realizó sin un fallo lo que su mente transmitía a su cuerpo, halló la caja, la abrió con la clave en sánscrito, tomó el collar, volvió a cerrar la caja fuerte y dejar todo como estuvo, subió de nuevo al piso primero, se introdujo en el dormitorio de la esposa del político extranjero, que dormía tranquilamente, descosió un poco del forro del abrigo, introdujo el collar y volvió a cerrar el escondrijo. Yo comencé a recelar de usted justo cuando descubrí el forro descosido ligeramente. Ninguna de las otras mujeres invitadas aquella noche habrían sido capaces de volver a coser con tal habilidad, con puntadas de profesional, de noche y acabando de robar una joya así. Pero usted, mi querida amiga, en su juventud fue *midinette*, entre otras cosas...

CAPÍTULO XII

SYLVAN STAR no salió tampoco de manera ortodoxa de los establecimientos Regnier. Una precaución, la suya, muy conveniente, porque allí fuera ya estaba, de nuevo, montado el dispositivo para eliminarlo de toda circulación por la vía más rápida.

Afortunadamente para él, los hombres que querían ejecutarlo sin previo juicio, continuaban emperreados en sus métodos. Ya se sabe, es el resultado de la burocratización de todos los oficios, se atrofia la agilidad mental en la rutina que un lejano día revelóse como muy adecuada y eficiente.

Él salió cómodamente embutido en una camioneta de reparto del almacén, situado en la planta baja y sótanos del edificio, tras una breve y persuasiva conversación con los dos hombres que se disponían a efectuar unas entregas a domicilio y, al pronto, le creyeron uno de los jefes de la firma. Abandonó la furgoneta tranquilamente también, a razonable distancia, agradeció a los repartidores sus buenos oficios y se alejó, dejándoles continuar su tarea. Le gustaba la gente sencilla y sin complicaciones, sumamente fácil de magnetizar. Aquellos dos se devanarían un poco los sesos cuando descubrieran en sus bolsillos sendos billetes de veinte francos que, lógicamente, no deberían estar allí, pero nunca acertarían a imaginar cómo llegaron.

Él estaba siendo ahora buscado ansiosamente por la policía normal, la policía especial, el Deuxième Bureau, un escogido lote de agentes secretos de la más vieja y densamente poblada nación del mundo, otro no menos escogido grupo de agentes no menos secretos de otra nación ni tan vieja ni tan poblada, pero no menos grande y poderosa... Por el momento, París se le había convertido en un lugar incómodo.

Ningún zorro viejo tiene una sola madriguera. Él tenía varias. Tras avisar desde una cabina callejera al garaje adecuado para que fuesen a recogerle el coche dejado ante el negocio Regnier, se encaminó a uno de los tales refugios, donde permaneció media hora o algo más. Al salir, ni su propia madre le habría reconocido.

Todos los sabuesos que andaban husmeando su rastro por el gran París, reunidos, no habrían recelado que aquel inválido mal vestido de cabellos grises, con la cintilla de la «Croix de Guerre» en la solapa de la raída chaqueta y todas las marcas de una pobreza sobrellevada con dignidad, que subió al tren en la estación de Montparnasse tras adquirir un billete de segunda clase para Toulouse, era el mismísimo Sylvan Star. Nadie de cuantos iban en aquel compartimiento, tampoco, se imaginaron hallarse ante uno de los investigadores privados más famosos de Europa, el hombre al que la noche anterior habían tratado unos osadísimos bandidos de eliminar en la acaso más espectacular caza humana vista en las calles de la urbe.

Sylvan Star se apeó del tren en Orleáns, se encaminó tranquilamente a lugar adecuado, una pequeña hondonada en un pequeño bosque cerca de una carretera, y allí realizó, en escasos minutos, otra transformación radical. Como además de lloviznar hacía un desagradable viento, nadie vio su tarea.

En Orleáns entró convertido en un tipo de lo más anodino, de esos que por Francia se ven a montones. A simple vista podía ser un camionero, un capataz de obras, el propietario de una estación de reparaciones de automóviles... Nadie habría podido dar concreta fe de sus movimientos durante las horas que siguieron hasta el atardecer. Ni tampoco resulta necesario saberlo.

Atardecía, con el mismo mal tiempo, cuando Sylvan Star detuvo el automóvil de tercera mano, que había adquirido a un comerciante de coches usados, apenas una hora antes. Aquel hombre se había hecho cruces ante el «ojo clínico» de su cliente, solo igualado por su capacidad para saber qué cantidad exacta esperaba cobrar por el vehículo.

El *chateau* de Beaumirail se destacaba difusamente entre la bruma de la fría tarde. La propiedad, perfectamente cercada, aparecía llena de quietud.

Sylvan Star abrió aquella maleta traída desde París Y que

semejaba la de un transformista, extrajo de la misma una serie de objetos y artilugios, luego se bajó del automóvil que, recién pintado de color penicilina y encajado en un camino que se metía en la campiña, entre dos terraplenes, a duras penas iba a ser descubierto por hipotéticos caminantes. Él mismo caminó a través del campo con rara agilidad, encorvado, portando una bolsa de plástico donde había metido sus adminículos.

El barón Mansart había rodeado a su propiedad de un sistema electrónico de seguridad a prueba de ladrones poco comunes. Y como todos los alambicados sistemas, aquel tenía un par de fallos garrafales... por haberse olvidado, precisamente de los delincuentes más comunes, los raterillos de poca monta.

Ahora, Sylvan Star utilizó todo aquello, y además sus potencias mentales, para introducirse en la propiedad del barón Mansart. No resultaría ético entrar en detalles de cómo lo hizo, puesto que en toda honorable profesión sus actantes suelen tener secretillos profesionales que gustan de guardar para sí mismos y les diferencian de sus colegas, proporcionándoles personalidad.

El parque que rodeaba al *chateau* no estaba exento tampoco de trampas para visitantes no invitados oficialmente. Sylvan Star aguzó al máximo sus facultades de detección y eludió cinco entre el muro exterior y la fachada del *chateau*. Muy buenas, por cierto.

La trampa era diabólica. Y de lo más sencilla. Un juego de células fotoeléctricas, accionadas instantáneamente al paso de un intruso, disparaban, a la altura de cabeza, cuello y pecho, calculando tallas, sendos dardos de acero, pequeños y delgados, con sus puntas triangulares impregnadas de un veneno de cobra real preparado de forma que resistiera el paso del tiempo manteniendo incólumes sus virtudes. Uno solo de aquellos dardos que penetrara en el cuerpo de un hombre era suficiente para matarle en diez segundos. Si el asaltante, alarmado en el último instante, reaccionaba haciéndolo al modo lógico, o sea, echarse hacia atrás, indefectiblemente recibiría uno de aquellos dardos. Y cuando el cuerpo cayera al modo usual, su choque contra una de las plaquitas metálicas perfectamente disimuladas en el piso daría la alarma. Luego solo habría que coger al intruso, meterlo en un automóvil y llevárselo lejos, dejándole en cualquier parte. Al cabo de seis horas, el veneno de cobra se diluiría en su sangre y ni el más listo policía

iba a poder averiguar dónde, cómo y quién...

Sylvan Star se había tirado hacia delante como un jugador de rugby y eso le salvó la vida. Uno de los endemoniados dardos se le había enredado a la parte de atrás del hombro derecho en la gruesa lana del jersey. Se lo quitó con toda clase de precauciones, eludió las plaquitas delatorias, llegóse a la inofensiva puerta, la abrió y salió de aquella trampa mortal.

Diecisiete minutos más tarde se encontraba agazapado en lugar seguro y aguardando su oportunidad.

Esta no llegó, sino hasta varias horas después. Era ya de madrugada cuando se deslizó como una sombra por el interior del *chateau*, totalmente en silencio a la sazón. Desconectar el sistema de alarma que protegía al dormitorio del barón Mansart le llevó exactamente cuarenta y cinco minutos porque no podía descuidarse.

Los hombres dotados de poderes especiales, dueños de un cerebro desarrollado en grado muy superior a lo normal, a la postre son hombres también y para vivir en este mundo de tres dimensiones y apetencias materiales necesitan el sustento de un cuerpo lleno de necesidades animales, el sueño una de las primordiales.

El barón Mansart no era una excepción, estaba dormido tranquilamente en su suntuoso y amplio lecho que un día perteneció a los reyes de Francia, envuelto en penumbra total.

Dormido como suelen dormir tales hombres, que recargan energía de modo concentrado y rápido. Pero mientras duermen, su cerebro continúa en vela, tanto o más alerta que cuando están despiertos.

Eso lo sabía muy bien Sylvan Star. Como sabía que nunca habría podido llegar hasta allí a no contar con la ayuda de otra potencia mental mucho mayor que la suya propia... o la del mismo Mansart. Aun así, no podía ni descuidarse ni entretenerse.

Alzó el arma que empuñaba su diestra. Era un arma curiosa, una pequeña pistola lanzadardos cargada con agujas de hielo coagulado al cero absoluto. La aguja, ahora estaba en la recámara, de un milímetro de grosor, se clavaría íntegra en el cuerpo de un hombre a veinte pasos de distancia. Y estaba formada totalmente por un poderoso narcótico.

Sylvan Star estaba ahora guiándose por sus propias ondas mentales, reconcentradas en el potente emisor de energía, que era el cerebro del barón Mansart. Alzó su arma, tomó puntería y disparó justo cuando aquel emisor vibró anunciando peligro inminente y grave.

Una fracción de segundo demasiado tarde para el barón Mansart.

CAPÍTULO XIII

PARÍS continuaba siendo una fiesta. ¿Y por qué no?

Apenas Sylvan Star se apeó del taxi que le había conducido a su domicilio oficial de la calle Chaumont, dos hombres que llevaban mucho tiempo soportando las inclemencias de la temperatura se despegaron a ambos lados de la entrada al edificio y le cerraron el camino estratégicamente.

—Servicio Secreto. Acompáñenos sin escandalizar.

Eran dos tipos de película, de veras. Sylvan Star sonrió y contestó con absoluta cortesía que nada tan lejos de su mente como la idea de resistirse a tal demanda, siempre y cuando le mostraran sus credenciales. Como se las mostraron, obedeció lleno de placidez.

Todo el mundo sabe dónde tiene sus oficinas el Servicio Secreto, Sección B. Y los que no lo saben, mejor será que sigan ignorándolo. Sylvan Star ya había estado allí un par de veces y entró como un *habitué*. También conocía al comandante Thouars y al señor Dupont —que no se llamaba así—, caballeros que estaban esperándole y lo acogieron con bastante tranquilizadora actitud.

—Star, queremos que colabores con nosotros. De sobra sabemos que nos será imposible sacarle nada por la tremenda y a usted le consta que no deseamos recurrir a medios, o extremos, desagradables. ¿Cree que podemos sostener una conversación amistosa entre caballeros?

—No me cabe la menor duda, señores. Aunque solo soy francés en parte les consta que considero a este país como mío. Díganme en qué les puedo servir.

—¿Por qué quieren matarle los chinos?

—¿Qué chinos?

—Dijo que deseaba colaborar.

—Y así es. Pero ustedes saben que, legalmente al menos, hay dos Chinas. Según mis propios informes, los de una desean matarme y los de la otra solo interrogarme y, eventualmente, matarme también.

Sus interlocutores cambiaron una mirada. No eran hombres en cuyas mentes se pudiera leer, estaban sólidamente entrenados para ocultar sus pensamientos, incluso a un superdotado.

—Háblenos de todos, comenzando por los que enviaron anteanoche a un conocido experto en acrobacia de riesgo automovilístico y un tirador no menos experto a darle caza por las calles de esta ciudad.

—De modo que les han identificado. ¿Puedo conocer su identidad?

—Creo que ganaremos tiempo, sí. El conductor se llamaba Jules Dalcreil y estaba considerado como uno de los mejores especialistas en ese difícil y peligroso oficio de estrellarse con un coche a gran velocidad contra una pared, meterse por un incendio, dar vueltas de campana, chocar contra otro vehículo y cosas así. Su acompañante era un chino llamado Hwang, que oficialmente se encontraba en este país con una beca de estudios para especializarse en Bioelectrónica. Y ahora, su versión. Sabemos que estaban acechándole cuando usted salió de determinada Embajada y queremos conocer qué le llevó a esa Embajada, por qué razones los chinos continentales desean su muerte y todo lo demás que nos tenga que contar.

—Naturalmente, ustedes ya saben un poco acerca del asunto...

—¿Quién está interrogando a quién, Star?

—Nadie. Quedamos en que era una conversación amistosa entre caballeros. ¿O no es así?

—Sí, lo es. Pero hable de una vez.

—Muy bien. Ustedes lo saben, suelo dedicarme, por *hobby*, a realizar de vez en cuando investigaciones sobre acontecimientos que suceden un tanto al margen de la delincuencia habitual, o sea, que no interfieren a la legal actuación de la policía normal...

—¿Por qué no va directamente al grano?

—Me gusta hablar así, pero si lo prefieren... Determinado caballero, importante hombre de negocios con conexiones

internacionales, requirió mi ayuda el otro día para que descubriera cómo diantres habían podido robarle cierta documentación tan secreta como importante que tenía muy bien guardada. Ustedes saben que poseo ciertas capacidades parapsicológicas... Bien, acepté el encargo y me puse en acción. Lo razonable era visitar a todos los personajes que habían sido huéspedes de mi cliente cuando ocurrió el robo, para ver de averiguar hasta qué punto estaban, o no, implicados en el mismo...

Su historia se ajustaba lo bastante a la realidad como para que sus interlocutores no recelaran y, a la vez, apartábase de ella lo bastante para resultar más creíble. Desde luego, aquellos caballeros de los Servicios Secretos no creían que les estuviera diciendo «toda» la verdad, sino solo una parte y eso porque le convenía. Pero iban a conformarse con lo que les daba, actuarían en consecuencia y ello redundaría de un lado en perjuicio de la agresividad virulenta de los chinos y en otro haría que el resto de los interesados en el juego vacilase, perdiendo seguridad con respecto a cuál era realmente la pieza a cobrar. Tocante al barón Mansart, a aquella hora, sin duda, estaría de lo más atareado....

Sylvan Star abandonó los bien camuflados locales del Servicio Secreto dos horas justas después de haber entrado. Y en la misma entrada le estaban esperando dos policías de paisano para conducirlo al despacho del mismísimo prefecto, donde se encontró a otro viejo amigo, el comisario Moulins.

En esta ocasión el interrogatorio fue también cortés, ya que, sin duda, tenían órdenes muy estrictas. Tras escuchar lo que tenía que contarles —exactamente lo mismo que contó a los del Servicio Secreto, casi palabra por palabra— le hicieron unas cuantas amistosas advertencias.

—No trate de abandonar París hasta que este asunto quede terminado. No nos gusta que nadie protagonice películas de James Bond por nuestras calles.

—Créanme, señores, a mí aún me agrada menos verme convertido en pieza de caza de individuos tan peligrosos —les contestó con una de sus más diplomáticas sonrisas Sylvan Star.

Los caballeros amarillos estaban esperándole en su casa. Dos, de lo más atildados y con un aspecto del todo impecable. De hecho, ambos pertenecían al cuerpo diplomático. Al entrar Sylvan Star se

levantaron ceremoniosamente y durante unos minutos allí hubo un exquisito intercambio de cortesías de primera calidad. Luego se habló de negocios como cuadra a diplomáticos.

—Señor Star, estamos autorizados a ofrecerle dos millones de dólares, pagaderos por anticipado y fiando en su promesa de honor, en el Banco suizo y en la forma que indique, a cambio del collar de las Nueve Venturas. Como usted sabe, esa joya ancestral pertenece a nuestro país y su valor real no es muy superior a lo que le ofrecemos, aunque debemos admitir que tiene otro, simbólico, mucho más alto para nosotros, los chinos.

—Mis amables señores, me abruma infinito su generosidad y sin dudarle ni un momento efectuaría la transacción que me proponen. Pero ocurren dos o tres circunstancias que me impiden complacer sus honorables deseos.

—¿Puede decirnos cuáles son?

—Con mucho gusto. La primera de todas, que en la actualidad existen, legalmente al menos, dos Chinas y los representantes de la otra afirman muy seriamente ser ellos, por abrumadora mayoría, sus únicos representantes legítimos. Ni quito ni pongo rey, como dijo cierto ilustre *condotiero* francés del pasado, el pleito no es mío; pero, como saben muy bien, he sido objeto de un par de atentados mortales que fallaron gracias a mi buena fortuna...

—Sabemos perfectamente todo lo que le concierne, señor Star, incluidas sus excepcionales facultades parapsicológicas. Y no hemos sido nosotros quienes atentamos contra su vida.

—Eso ya lo sé. Lo otro lo ignoraba y me complace, a pesar de mi natural modestia. La segunda objeción consiste en que, según mis informes, el collar de las Nueve Venturas no pertenece exactamente a la China, sino a determinada familia principesca...

—Los Liao han perdido todo derecho sobre ese collar, señor Star. Si la princesa Liao le ha dicho otra cosa, y no dudamos de que con su excepcional personalidad y no menos excepcional belleza habrá podido convencerle de su mejor derecho, sin duda olvidó contarle que su bisabuelo es un traidor a su casta y su raza, a su patria y su destino.

—¿Es así, señores?

—Así es. El príncipe Liao tiene en la actualidad ciento diecisiete años, pero se dice que conserva intactas sus facultades mentales. Su

hijo, el príncipe Su, sabemos que es el consejero privado de la tríada rectora de nuestro país. ¿No le parece eso una cuádruple traición?

—Depende del punto de vista. Sin duda para ustedes, y para el general, lo sea. Pero para un occidental con cierta tendencia a ver la historia en su conjunto, por ejemplo, la táctica y la estrategia de los Liao es impecable, ortodoxa, patriótica y, sobre todo, conexas con el destino milenarista de la familia. Tengo entendido que ellos pueden probar su genealogía ascendiéndola hasta los Chou. ¿Cuántas dinastías, cuántos emperadores, cuántos conquistadores extranjeros han gobernado China desde entonces? Y los Liao lo han visto, han estado siempre en la primera fila de los acontecimientos... o en la segunda, pero en un papel importante. El viejo príncipe Liao fue consejero de la última emperatriz; tengo entendido que ella prefirió seguir caminos perniciosos para los destinos de su pueblo. Entonces aupó a Sun Yat. Luego se fijó en una joven estrella del generalato turbulento y la sacó de aquella polvareda de señores de la guerra convirtiéndola en árbitro de los destinos de su patria. Pero aquella estrella se apagó también, mientras otras surgían. Todos ellos eran China, y China es más que todos ellos. Ellos pasarán, sus partidos, sus doctrinas, también serán enterrados en el polvo. Y China permanecerá, grande, inmutable, segura hacia su magnífico e indeclinable destino. Los Liao permanecerán también, puesto que su destino es el mismo de China... Se lo escuché a la más maravillosa de las mujeres, señores, y créanme, su elocuencia me pareció infinitamente superior a la de ustedes. Con harto dolor de mi corazón debí contestarle a su demanda lo mismo que a ustedes, con la tercera de mis objeciones. No tengo, ni jamás he tenido, el collar de las Nueve Venturas.

—Eso no es cierto, señor Star. Usted...

—Yo fui llamado por su último eventual poseedor para que investigara el robo de determinados documentos de máxima importancia. Al parecer, el, o los ladrones, se llevaron también ese dichoso collar. Hasta el momento solo he podido averiguar que media docena de personas muy conocidas socialmente pueden haber sido los ladrones, pero no quién de ellos en concreto. Me hallo en plena investigación y, tal como están las cosas, dudo ya de poder lograr ni tan siquiera un éxito mediano. De todos modos,

señores, créanme, caso de recuperar ese collar se lo entregaría al barón Mansart, me lavaré cuidadosamente las manos y dejaré que todos los que codician tan preciada joya vayan a pedírsela, comprársela o volvérsela a robar, todo lo cual va a tenerme sin cuidado...

Los dos caballeros amarillos se despidieron con la misma cortesía que al llegar. Y antes de marcharse, el que llevó la voz cantante dijo algo muy intranquilizador en cantonés:

—Si pones tus manos sobre el collar, cerdo europeo, no has de vivir para gozar de su belleza.

Si esperaban, él o su compañero, la reacción de Sylvan Star, debieron quedar muy defraudados. Porque con su más inocente sonrisa dijo:

—Imagino que será una amistosa despedida en su lengua. Por eso les deseo exactamente igual, sea lo que sea.

Y ambos diplomáticos tuvieron que mentir, cosa en los de su clase consustancial, desde luego. Pero así marcháronse satisfechos y convencidos de que, por ignorar su idioma, Sylvan Star no había podido captar sus pensamientos más recónditos.

Como es sabido, los diplomáticos se pasan de listos a menudo.

CAPÍTULO XIV

EL barón Mansart llamó antes de que aquel alegre día terminara. Y fue la suya una llamada perentoria... a la puerta de Sylvan Star.

El hecho mismo de que el barón se molestara en visitarle ya suponía la importancia que consideraba merecía el asunto a tratar. Pero Sylvan Star le hizo esperar cinco minutos, adrede.

Cuando entró en la habitación donde el barón aguardaba, este le miró con helada fijeza. Su rostro era una máscara de carne en la que ardían sus duros ojos como diamantes impregnados de odio y de cólera.

—Bien, Star. Admito que usted me ha dado jaque —fue su saludo—. Y ahora quiero saber cómo lo consiguió.

Eran hombres de excepción y no necesitaban tratar de engañarse mutuamente. Sylvan Star esbozó una sonrisa y encendió con calma un cigarrillo antes de contestar:

—Usted me ayudó mucho, Mansart.

—¿Yo?

—Cometió un error imperdonable en un cerebro como el suyo. El mismo craso error que pierde y ha perdido siempre a los grandes triunfadores, el de menospreciar al enemigo. Se cegó de soberbia, eso es todo.

Mansart apretó más la boca. Eso fue todo. Sylvan Star siguió:

—Me pregunté, al recibir su llamada, por qué razones usted solicitaba mis servicios ya que, si mis informes no mentían, sus poderes superaban a los míos. Eso me preocupó y me puso en guardia. Luego, en su *chateau*, ni un solo momento dejé de percibir aviso de peligro, la clase de advertencia que solo podía referirse a usted. Solo hay un modo de vencer a quien es más fuerte que nosotros y es engañándole, siendo más astuto; de ahí que adoptara

esa línea de conducta y creo que acerté.

—También yo me di cuenta de su peligrosidad.

—Pero ya estaba lanzado y, precisamente el contestarla, aumentó su deseo de utilizarme como caballo de batalla en su prodigiosa partida de ajedrez, ¿no es así?

—Siga.

—Sigo. Su historia era fascinante y estaba plagada de trampas. Usted había invitado a nueve personas a su mesa en la noche del ocho al nueve del noveno mes y una de ellas le había robado el collar de las Nueve Venturas que tenía guardado en lugar absolutamente inaccesible para ladrones normales. Entre paréntesis, fue otro de sus fallos darle al collar el nombre con que le conoce la gente vulgar en Occidente, el del ladrón japonés de uniforme que se apoderó de él para ofrecérselo a su emperador. Debíó pensar que yo, tal vez, conocería algo sobre esa joya mística y su leyenda. ¿O tal vez lo pensó? Posiblemente...

Mansart continuaba sin dar muestras de nada. Estaba, de hecho, pugnando con toda su potencia mental por romper y penetrar la coraza que el cerebro de Sylvan Star le oponía, esperaba, sin duda, el fallo en la vanagloria.

—Comprobé por mí mismo la exacta ubicación de su bien guardada caja fuerte y también conocí el secreto de su combinación de apertura. ¿Por qué se me mostraba tan locuaz, si usted mismo confesaba que allí dentro aún conservaba una serie de documentos importantes? Ciertó que yo no tenía al parecer razones para robárselos, ni tampoco sabía, realmente, cuál era la palabra clave y, desde luego, usted no me dejó conocerla... pero con todo aumentó mis suspicacias. Cuando me entregó el estuche vacío del collar, advertí, junto su potente aura, un par de pequeños detalles que me guardé. Luego, cuando realicé una inspección detenida del lugar, hallé otros, recordará que no le dejé conocerlos. Me resultaban extraños, enigmáticos y contradictorios en extremo. ¿Fue entonces cuando decidió ponerme a prueba?

—Estaba a prueba desde que llegó.

—Ah... Bien, yo había descubierto una cosa importante, el collar fue robado por una mujer. Y dadas las características de las mujeres presentes en la cena tenía a tres sospechosas, había que comenzar por ellas. Entonces usted me dijo adonde habían ido cada

una, dónde las podía encontrar. Era razonable su colaboración, al pronto no me hizo recelar. Me marché de su *chateau* y comencé a moverme en la dirección deseada por usted.

Apuntó con el cigarrillo encendido a los ojos del barón, sonriendo.

—Sí, porque aprovechó mi deliberado descuido para sugerirme que Jacqueline Salan debía ser mi primera pieza y lo hizo no solo para probarse que podía dominarme, dirigirme, al menos en la medida de sus conveniencias, y también hasta qué punto llegaban mis potencias parapsicológicas, sino para averiguar si yo había caído realmente en la trampa. Caso contrario, al convertirme automáticamente en peligroso le convenía eliminarme, convirtiéndome en chivo expiatorio, en ciervo único de una cacería.

El barón Mansart ni se inmutó ni pronunció palabra. No se habían sentado y se miraban como duelistas expertos antes de cruzar las espadas.

—La verdad es que no tuve certeza de lo que me había preparado, y la sospecha clara del papel que me asignaba en su juego, hasta que abandoné el *cottage* de la Salan y advertí, de pronto, que alguien me acababa de preparar una trampa mortal. Era un trabajo demasiado bueno para hecho por gentes vulgares y, también, para realizarlo por medios normales en el espacio de tiempo que permanecí con la Salan. Lo era, sobre todo, porque estaba seguro de que el guarda del *cottage* no había tomado parte en el asunto. Solo una persona pudo conocer mi decisión de visitar primero a la Salan, seguirme, calcular el tiempo que iba a permanecer con ella y aprovecharlo para colocar a mi coche exactamente en condiciones de que me estrellara al fondo de un barranco. Más tarde, un buen hombre, un mecánico sin la menor idea de los poderes de la mente, corroboró mi sospecha con cierto comentario acerca de las averías de mi automóvil, especialmente la del motor.

—Fue un excelente trabajo, no me lo negará.

—Fue perfecto, como de usted se podía esperar. Si yo me salvaba, ya sabría que mi capacidad mental era tan elevada como la suya y yo más peligroso que útil. Si no me salvaba, mi muerte en un accidente poco claro no iba a comprometerle a usted, sino a

quienes deseaba ver comprometidos. Me salvé y no solo eso, sino que retorné al *cottage*. También había contado con eso.

—Me encontraba en la carretera, a menos de un kilómetro.

—Estaba en la bahía, anclado a dos millas del *cottage* de la Salan.

—Usted no pudo descubrirlo entonces.

—Entonces no, pero más tarde sí. Usted tenía una embarcación de recreo a mano, en Douarnenez, ordenó a su patrón salir y llegarse al punto designado cuando yo aún no había llegado a su *chateau*. Un helicóptero le estaba también esperando, le recogió apenas me hube marchado y se lo llevó a la embarcación. Mientras yo conversaba con la Salan, usted, ya convencido de no poder utilizarme según sus deseos, acercóse en un bote a la playa, comprobó que me encontraba abstraído en mi tarea, eludió con absoluta facilidad el problema representado por los perros y el guarda ya que los animales le conocían por el olor y los tenía dominados, al guarda simplemente le hizo, a distancia, interesarse por cualquier cosa. Entonces se aproximó a mi coche y provocó las averías, utilizando simplemente su potencia cerebral.

—Le felicito por su deducción, es exacta. Pero entonces solo quería comprobar hasta dónde era capaz de prevenir peligros. De haber deseado su muerte no hubiera dejado tanto espacio de esa pieza sin limar y también habría estropeado su freno de emergencia.

—Lo pensé más tarde. Así que «arregló» mi coche y se alejó, esperando a que me marchara. Luego, simplemente, se llevó a la Salan y a su doncella en canoa a su embarcación. Le siguieron sin rechistar, la Salan porque estaba muy preocupada al verle aparecer tan súbitamente apenas yo había marchado, y la doncella por hábito. Antes de partir con ellas dejó a dos de los tripulantes de su embarcación, gente de toda su confianza, en tierra, con un rifle especial e instrucciones detalladas. Aquel par estaban hipnotizados y actuaron exactamente como les había ordenado. Naturalmente, usted no esperaba que hubiera ninguna muerte...

—Fue muy desagradable comprobar que hubo una.

—Son los imponderables de toda acción agresiva. Yo tampoco deseaba matar, sino saber por ellos quién estaba detrás del asunto. Faltó muy poco para que usted se saliera con la suya, dejándome

inconsciente en medio de la landa. Al despertar, habríalo hecho convencido de que alguien, ajeno a usted y extraordinariamente inamistoso, pretendía quitarme de en medio antes de que lograra averiguar quién era el ladrón de collar. Entonces yo habría, lógicamente, montado en cólera por tan desconsiderado trato a mi persona, convirtiéndome a la vez en sabueso implacable y en imán para cuantos por una u otra razón iban tras el contenido de su bien guardada caja de caudales.

—Pero fallaron...

—Imponderables, ya se lo he dicho. Eran eficientes como «robots», con sus mentes teledirigidas por usted desde el barco lo hicieron todo a la perfección. Sin embargo, el dardo que debería narcotizarme solo me dio ligeramente. El potente narcótico aún habría acabado con un hombre vulgar, conmigo no pudo. Esperé a que llegara y escuché la interesante conversación que sostenían, les atacué de improviso... Un hombre con la mente capturada, que actúa teledirigido, carece de la flexibilidad y velocidad de reflejos que posee un simple luchador normal en una emergencia así, de modo que me fue fácil deshacerme de ambos. Por desgracia uno se golpeó la nuca al caer y murió... Ha debido costarle el arreglarlo.

—No. Ambos fueron recogidos, llevados a bordo y, más tarde, el muerto echado al mar. A su debido tiempo el capitán comunicará a las autoridades de marina que a uno de sus hombres se lo llevó una ola mar adentro y no fue posible rescatarle.

—Sí, en realidad es fácil. Bueno, al registrarles descubrí que se trataba de marineros, eso me dio la clave de la desaparición de la Salan. Me alejé de allí ya convencido de cuál era su plan, al menos *grosso* modo, y decidí hacerle el juego. Por eso visité al agresivo y asustado embajador, a la princesa... Ella me dio otra buena pista. Usted, naturalmente, sabe que Ghislaine le odia.

—Sí, lo sé.

—Le odia tanto como le teme, por la servidumbre a que la tiene sometida. También Jacqueline Salan le odia... Es curioso, la tigresa de los electrodomésticos, ahora, solo siente un odio mortal hacia usted. Al parecer, Mansart, no ha sabido conquistar el corazón de ninguna de sus múltiples esclavas.

—Las esclavas son eso.

—Cierto. Y también mujeres. Mansart, permítame decirle que ha

fracasado justo por menospreciarlas de tal modo.

—Es posible. Continúe,

—¿Qué más quiere saber?

—Cómo llegó a conocer que el collar estaba en mi caja fuerte todavía.

—Bueno... Al contrario que a usted no me dominan el orgullo ni la soberbia, más bien procuro ser prudente y humilde, Mansart. Me di cuenta de cuál era su juego y entonces planeé el mío contando con los errores que su modo de ser iba a hacerle cometer en adelante. Cuando aquel bólide rojo se me echó encima con clara intención de asesinarme, y pude escapar casi de milagro, ya no me cupieron dudas. Usted sabía que cometió un grave error al llamarme, quería a toda costa rectificarlo. Para salvarme debería moverme aprisa... y me moví.

—Fue a verla a ella...

—Después de descubrir cómo había salido el collar de su *chateau* y eliminar por deducción lógica a quienes no pudieron haberle robado, sabiendo ya que los chinos de ambos bandos andaban como locos tras él y con aquella asombrosa declaración suya, tan llena de soberbia, solo podía hacer eso, visitar a la princesa Liao. Entonces lo entendí todo. Cualquier hombre del mundo habría sido capaz de cualquier cosa para conseguir lo que usted esperaba de ella.

—De modo que es por eso...

—Es por muchas cosas, Mansart. Usted, sin duda, es un gran hombre, tiene magníficas condiciones. Pero solo es un hombre, como yo mismo, como otros... ¿De qué hablábamos? Ah, sí, de la incomparable princesa Liao. Bien, sostuvimos una larga e interesantísima conversación, en cuyo transcurso fui informado de aquella parte de la historia que yo desconocía. Munido, pues, con ella, visité a la Regnier...

—No se salte de ese modo lo principal.

—Como guste. Lo que usted desea conocer es la identidad del hombre que manejó a la Regnier como médium, ¿no es eso?

—Sí.

—Para ser tan grande, para considerarse tan superior e invulnerable, Mansart, ha cometido errores enormes, casi, casi,

absurdos. Claro que ya se está dando cuenta. No es un semidiós, Mansart; tan solo, mentalmente, un superhombre. Pero hay otros como usted, y aún mejores.

—¡Usted...!

Sylvan Star hizo un medido ademán con la mano, sonriendo.

—No. Yo soy un igual a usted, simplemente, y en realidad nada sabía de todo este asunto cuando me llamó.

—Entonces...

—Entonces ha querido abarcar demasiado, Mansart. No conforme con lo que ya tenía, soñó convertirse en uno de los dominadores de la humanidad, engendrando además una nueva raza de conquistadores que se apoyaran en el pueblo más numeroso de la Tierra. Es el gran peligro que nos acecha a los de nuestra clase, lo sé... La soberbia, el pecado satánico de los teólogos, el ansia desatentada de más y más poder... Y usted se ha deshumanizado, Mansart, ha echado a un lado cosas tales como el amor, el respeto a los demás, justo por ser más débiles...

—Olvide los sermones, Star.

—Olvidado. Usted adquirió el collar de las Nueve Venturas con la única y deliberada intención de forzar a la princesa Liao a convertirse en su esposa, no simplemente, como me dijo, para regalárselo a cambio de sus favores; para convertirla en su esposa y engendrar en ella el próximo cabeza de los Liao. En este caso sería también su hijo y pensaba conducirlo a la cima del mundo, convertirlo, en los albores del siglo XXI, en el dueño y señor de la tierra, apoyado por un imperio de más de mil millones de chinos... Usted, Mansart, está borracho de megalomanía, pura y simplemente. Para usted, la maravillosa obra de Dios que es la princesa Liao solo representa un medio, no un fin... Le compadezco, Mansart, porque es solo cerebro, a fin de cuentas, y ha perdido innumerables paraísos únicamente por el placer de Midas.

Ahora Mansart estaba acusando los golpes. Pero seguía siendo el que era, los titanes no caen así como así.

—Ya se considera el triunfador...

—Soy el triunfador en esta partida y usted lo sabe. Pero seguiremos. Una vez con el collar en su poder, lo guardó en lugar seguro, hizo saber que lo poseía y, finalmente, visitó a la princesa

Liao para plantearle su demanda. Ella escuchó y pidió un plazo. Era razonable, usted se lo concedió seguro de tenerla en su poder. Había descubierto que no podía leer sus pensamientos, que una fuerza mental la protegía, eso excitó su prepotencia tanto como su belleza inmarcesible y el aura de atracción vital que de ella emana; pero no imaginó que pudiera encontrarse ante uno de los nuestros por la sencilla razón de que no se conoce a ningún cerebro en cuerpo de mujer que haya alcanzado nuestros niveles de potencia. Las hay, sí, difíciles de capturar y dominar, como el de la Regnier.

Hizo una pausa, dejando a su interlocutor cocerse en su propia salsa, encendió otro cigarrillo y fumó sin prisas antes de proseguir.

—La Regnier le era conocida de fama. Cuando de pronto ella le fue presentada y se comportó como suele, la halló interesante, detestable y divertida, sin duda; era justo la clase de mujer que más le complace dominar, esclavizar, de modo que puso manos a la obra. Usted no soporta a nadie que le plante cara, menos aún una mujer, necesita tenerlas a todas con el cuello bajo su pie, demostrarles quién es el dueño y señor... Cuando la invitó a esa cena en su *chateau* pensaba pura y simplemente que iba a librar una buena y agradable batalla de la que saldría, como siempre, vencedor.

Esperó que Mansart hablase, pero el barón mantuvo la boca apretada.

—También invitó a otros, naturalmente. Usted nunca pierde su tiempo y estaba preparando una operación financiera de altos vuelos, la princesa y la estrella de cine iban a servirle para capturar a un par de tiburones mucho menos temibles e importantes de lo que ellos se imaginan ser, pero a la vez muy útiles para su plan. Los demás eran de relleno, estaban ya en sus manos hace tiempo, completaban la fiesta simplemente. Una fiesta que usted procuró, se mantuviese por el cauce que había trazado, como así sucedió.

Apuntó de nuevo con el cigarrillo al barón.

—Todo cambió de golpe cuando su mente, estando ya su cuerpo dormido, plácidamente agotado por el amor de la Regnier, descubrió sobresaltado que una fuerza había logrado penetrar hasta lo profundo de su cerebro. Se despertó de manera instantánea, supongo...

—Noté que alguien había logrado violar mi mente y desperté en

el acto, sí.

—Entonces descubrió la ausencia de la Regnier. Se levantó, investigó y llegó a tiempo de verla tomar el collar de la caja fuerte...

—Estaba terminando de abrirla cuando la descubrí. Dejé que terminara su tarea, necesitaba saber quién se había valido de ella para sorprenderme.

—Y la siguió en todas sus manipulaciones, la vio ocultar el collar en el abrigo de la esposa del estadista extranjero y retornarse al lecho. Estaba actuando teledirigida, usted ya lo sabía. Regresó a la alcoba antes que ella, dejó que se acostara e intentó averiguar quién la estaba utilizando, pero sin ningún éxito. Entonces se preocupó, al darse cuenta de que una potencia superior a la suya andaba mezclada en el asunto. Supongo que eso le llevó a madurar rápidamente su plan de contraataque.

—No tenía tiempo que perder.

—Y no lo perdió. Dejó dormida a la Regnier y fue a recuperar el collar, guardándolo en otro escondrijo del *chateau*. Por la mañana no dejó que ninguno de sus invitados, especialmente la Regnier, pudiera recalar. Apenas se marcharon envió a un hombre de su confianza, convenientemente magnetizado, con la exclusiva misión de introducirse en el Meurice antes de que llegaran el hombre de estado y su esposa, simulando un robo. Calculó que la potencia mental que había planeado arrebatarle el collar no se precipitaría tontamente para recogerlo, ya que ignoraba que usted despertó a tiempo de descubrir lo que ocurría. En eso estuvo acertado. También me hizo llamar y en eso erró. Me llamó conociendo mi fama y menospreciando mis capacidades, para utilizarme como dije en la partida de ajedrez que tenía planteada.

—Esperé que me serviría de mucho, desviando la atención de mi desconocido enemigo, en efecto.

—Yo estaba destinado a moverme aprisa y bien, centrando en mí la atención general. Por eso fue avisando de mi próxima llegada y mi misión a todos sus invitados de la noche del robo, necesitaba que todos se encontraran sobre aviso para que me forzaran a utilizar mi poder al máximo. Mientras estaba pendiente de ellos, usted podría manejarme... Muy pronto descubrió que no me dejaba manejar y que, si seguía a mi ritmo, pronto descubriría la verdad.

Entonces pidió a su amigo y fiel servidor, Tai-Twang, de la Embajada china, que me quitara de en medio inmediatamente. Tai-Twang ignora, desde luego, mis poderes, movió a su gente con rapidez y contundencia, pero fracasó; y con su fracaso casi estuvo a punto de darle a usted el triunfo, pues me hizo vacilar, me desconcertó, por unas horas. También a los demás, servicios secretos incluidos.

Dejó otra breve pausa. Ambos sabían que al fin llegaron a la almendra de la cuestión.

—Usted es genial, Mansart, lo admitiré. Casi instantáneamente, de un fracaso saca una baza de triunfo. Había estado a punto de perder el collar y se sabía luchando con un enemigo de lo más peligroso, trató de meterle una cuña de su misma madera, de paso matar varios pájaros de un mismo tiro... Iba a dar jaque mate a su enemigo, exigiría a la princesa Liao el cumplimiento del pacto y ella no se podría negar, forzada por la tradición y el mito, eliminaría a unos cuantos seres molestos, a un enemigo peligroso, y alcanzaría la más alta cima, el verdadero poder...

»Su ambición le cegó, llevándole a cometer unos cuantos fallos garrafales en el momento más inoportuno. Su soberbia coadyuvó mucho a ello. Yo pude haber sido su aliado leal, pero ahora soy quien va a castigarle como se merece. Tengo, sí, en mi poder el collar y, además, todos los documentos que guardaba en esa caja fuerte. Usted rizó el rizo, exprimió al máximo el contrasentido, convencido de que el último lugar donde ahora le buscarían el collar sería en la misma caja, y con la misma combinación, de donde lo robaron. Me sabía moviéndome en París como liebre perseguida por lebreles y creyó que estaba convencido también de que el collar andaba oculto en el mismo París, todos mis movimientos se lo indicaban, así que relajó un poco su propia vigilancia en el *chateau*. Yo me aproveché de su último fallo bien a fondo. Por cierto, también faltó muy poco para que dejara la piel arriba, en esa magnífica trampa de la buhardilla del torreón.

—Fue una verdadera lástima que no ocurriera.

—Lo creo. No ocurrió, pude llegar hasta su alcoba, ayudado por un aliado demasiado potente para usted, y le metí en la sangre una concentración de narcótica suficiente para dormir a un elefante. Lo demás resultó sencillísimo. Y como le conocía ya bien, no he

vacilado en llevarme, además del collar, todos los documentos que guardaba en su caja a prueba de ladrones vulgares. Gracias a ellos se va a abstener en adelante de molestarme, Mansart. Y lo hará porque sabe que, entre los de nuestra clase, cuando uno pierde debe reconocer que ha perdido.

El barón se mantenía impasible, impenetrable. Apenas aquel odio rencoroso en sus pupilas, aquel apretamiento de su boca...

—Yo sé que he perdido, Star, y también cuáles fueron mis errores —dijo con voz dura—. No voy a atacarle, sería estúpido. Pero quiero saber quién me ha vencido. Usted no ha sido, no habría podido sin ese aliado.

—Está en su derecho. Yo tengo ahora treinta y siete años, Mansart. Creo que usted sesenta y dos. Calculo que nuestros cerebros pertenecen al mismo nivel, pero me lleva de ventaja un cuarto de siglo desarrollando sus potencias mentales y eso, naturalmente, le hace superior a mí, dentro del mismo plano. Imagínese ahora a uno de los nuestros que cuenta ciento dieciocho años de edad.

El barón respiró hondo. Comenzaba a entender.

—Por otro lado, nosotros desviamos gran parte de nuestra energía hacia la consecución de bienes y satisfacciones materiales, concretos. Yo a la aventura y el amor, usted hacia el poder y el dominio, también el amor, pero de otra forma. En cambio, esa persona se ha dedicado, desde antes de que usted naciera, exclusivamente a autosuperarse.

—Y está varios planos por encima de mí...

—Así es. Por encima de todos cuantos olvidamos a menudo, demasiado a menudo, de dónde procede la fuente de todo poder y toda sabiduría. Además, ese hombre ha permanecido siempre fiel a su destino, que es el de su raza.

—Y yo quise forzar la voluntad de su bisnieta...

—Ese fue el mayor de sus errores, Mansart. Uno que no cometeré.

EPÍLOGO

EN el inefable salón de su casa de la avenida Foch, la princesa Liao se encontraba de nuevo frente a Sylvan Star. Pero no estaban solos. Había otros tres representantes de la familia de ella, su hermano mayor y su padre. Y un cuarto que ciertamente estaba allí, aunque de un modo muy especial. Mejor no explicar de qué modo, pues bastantes cosas difíciles de entender se han dicho aquí aunque todas ellas sean ciertas, científicamente comprobadas y del todo admitidas hoy día por quienes se ocupan de estudiarlas.

El momento y la situación eran de mucha trascendencia para todos los presentes. Sylvan Star miraba a la princesa diciéndose que jamás hubiera podido imaginarse tal final para la aventura que acababa de cumplir. Aquel trabajo loco terminaba en la más loca y fantástica manera posible.

—Cumpló mi promesa, Alteza. En sus manos pongo el collar de las Nueve Venturas, al mediodía justo de esta fecha trascendental.

Las manos maravillosas de la princesa se movieron como palomas, tomaron el estuche, lo abrieron y sacaron el collar.

Sí, el collar de las Nueve Venturas era una joya única e incomparable. Las noventa y nueve perlas, grandes como huevos de paloma, idénticas, perfectas, con irisaciones suaves y magnéticas. Pareció cobrar vida, convertirse en algo ciertamente vivo, al tocarlo las manos de la princesa y, sobre todo, cuando ella se lo colocó alrededor de su fina garganta. También la princesa parecía hallarse como en trance. Sus parientes miraban a la joya igual que sacerdotes en pleno culto a la imagen representativa de su Dios. El bisabuelo de la princesa, sentado al modo tradicional, con las manos perdidas en las amplias mangas de su ropón de seda pura bordada con oro, era, él mismo, un objeto magnetizante, un poco alejado de los suyos.

Con un suspiro hondo, la princesa se movió hacia él y le hizo la profunda reverencia de máximo respeto tradicional. El anciano sonrió y, sacando una mano que parecía tallada en marfil, con las uñas enfundadas en oro y gemas, hizo en el aire un trazo cabalístico. Todos los suyos humillaron la cabeza. Sylvan Star también.

Cuando la levantó, el anciano príncipe había desaparecido.

La princesa estaba volviéndose de nuevo hacia él con una expresión serena, dulce, y un aura de dulzura y femineidad magnetizantes la envolvía. De ella toda irradiaba luz sutil. Sus parientes también les miraban, en silencio.

—Cumplió su palabra, Sylvan Star —la voz de la princesa sonaba como música celeste—. Los Liao somos ahora sus deudores de por vida. Y usted tiene derecho a pedir su paga.

—Solo aspiro a una cosa, princesa. Pero es algo que no puedo ni quiero exigir, tampoco conquistar. Yo no soy Mansart.

—Ya lo sé. Todos nosotros lo sabemos. Y sabemos también que solo ha de cumplirse aquello que está decidido en los Arcanos del Destino. Si lo que usted desea, Sylvan Star, es lo mismo que mis ojos creen ver en los suyos, mi respuesta solo puede ser afirmativa. Mi corazón canta desde la otra noche una canción que nunca había antes conocido...

Todo lo demás que vino después, sinceramente, no corresponde a una historia de aventuras, aunque sí fuese una fantástica historia.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España